:: BIBLIOTECA DE TEOSOFIA Y ORIENTALISMO

LUIS JACOLLIOT

LAS CIENCIAS OCULTAS Y LOS INICIADOS DE LA INDIA



:: EDITORIAL B. BAUZA.—BARCELONA

popularización de las fundamentales obras de la señora Blavatsky. Es un escrupuloso compendio de los dos primeros tomos de «La Doctrina Secreta». No se ha alterado ningún párrafo del original; únicamente se han suprimido explicaciones de interés poco inmediato. La obra se hace así más legible, sin perder un átomo de su interés. . . . . Pesetas 3'50

XIII. **Los Himnos mágicos del Rig-Veda.** Van en este volumen los principales himnos con que los sacerdotes brahmánicos invocaban a sus divinidades. Esos himnos pretendían tener un valor mágico y debían ser pronunciados con una especial tonalidad para que surtieran el efecto de conjuraciones que obligaran a los dioses. Obra interesantísima. . . . . Pesetas 2'50

XIV. **La Doctrina secreta de los Símbolos.**—Como su título indica, este volumen está dedicado a la explicación de los emblemas y símbolos metafísicos a que tan aficionados fueron nuestros antecesores. Por este motivo, el presente libro constituye una clave verdaderamente imprescindible para todo aquel que pretenda analizar las diferentes religiones desde el punto de vista esotérico. . . . . Pesetas 2'50

XV. **La Doctrina secreta del Hombre.**—Trata este libro, entre otras cosas, de las «tentativas de creación del hombre». La señora Blavatsky analiza en él el proceso de los distintos pobladores de nuestro globo, hasta la destrucción de la tercera y cuarta razas. Pesetas . . . . 2'50

Estos tomos se sirven lujosamente encuadernados en tela, sufriendo un aumento de 1'75 pesetas por ejemplar sobre los precios de rústica.

Publihed in Spain

BIBLIOTECA DE TEOSOFÍA Y ORIENTALISMO

Se propone esta Biblioteca publicar una selección de las obras más eminentes acerca de teosofía, ocultismo, magia y, en general, de la ciencia secreta que constituyó el alma del Oriente en los tiempos de su esplendor.

De algunos años a esta parte, se han hecho meritísimos trabajos para desenterrar todo ese caudal de ciencia perdido. A la señora Blavatsky corresponde la gloria de haber sido uno de los primeros paladines de esas investigaciones y de haber conseguido interesar en sus trabajos a un núcleo considerable de gentes. La pujanza cada vez mayor de la Sociedad Teosófica es buena prueba de ello.

De ahí que haya surgido en estos últimos años multitud de literatura teosófica, que se limita por lo general a comentar las obras de la señora Blavatsky. Esto nos ha llevado a considerar la conveniencia de hacer asequible al gran público el tesoro completo de la secreta ciencia oriental, de la cual se está descorriendo paulatinamente el velo del misterio.

Los teósofos encontrarán en nuestra biblioteca multitud de obras netamente teosóficas, junto con otras que completan las meritísimas investigaciones de la señora Blavatsky, y los aficionados a la divina ciencia oriental encontrarán aquí las mejores obras que aquellas perdidas cilivilizaciones nos han dejado.

Obras publicadas:

I. **El Evangelio del Tao.**—Es una colección de narraciones en las que se exponen doctrinas y anécdotas del reformador chino Lieh-Tzu (o Lao Tseu), quien pretende, mediante ellas, encaminar al hombre a su unión con la Divinidad. Es un libro del siglo VI antes de J. C. . . . . Pesetas 2'50

II. **El Evangelio de Confucio.**—Es un libro compuesto por los discípulos de Confucio y se relatan en él las conversaciones y enseñanzas de éste. Tiene hoy plena actualidad después de tantos siglos. . . . . Pesetas 2'50

III. **Escritos Pitagóricos.** (La Doctrina Secreta de Pitágoras). — Colección de escritos de los discípulos de Pitágoras, el gran reformador griego del siglo VI antes de J. C., que fué el fundador de la masonería. Lo más notable de este volumen está constituído por una serie de preceptos morales en forma de símbolos, que encierran un significado misterioso bastante difícil de comprender. El señor Guirao da una interesante explicación de los mismos. . . . . Pesetas 2'50

LAS CIENCIAS OCULTAS
Y LOS INICIADOS DE LA INDIA

Editorial B. Bauzá —Apart. 66.—Aribau, 175 a 179
Barcelona

BIBLIOTECA DE TEOSOFIA Y ORIENTALISMO

Títulos publicados:

El Evangelio del Tao. (Narraciones en las que se exponen doctrinas y anécdotas del reformador chino Lieh Tzu). . . . . . Ptas. 2'50
El Evangelio de Confucio. (Conversaciones y enseñanzas de éste) . . . . . . Ptas. 2'50
Escritos pitagóricos. (La doctrina secreta de Pitágoras) . . . . Ptas. 2'50
Los escritos sagrados de Hermes. (La doctrina secreta de los brahamanes) . . Ptas. 3'00
Los Upanishads (La ciencia secreta de los brahamanes) . . . . Ptas. 2'50
Narraciones del Talmud. (El libro secreto de los judíos) . . . . Ptas. 2'50
Las preguntas del rey Milinda. . Ptas. 2'50

W. Wyn Westcott
Los Números. (La ciencia secreta de la Kábala) . . . . Ptas. 2'50

Saadi
El Jardín de las rosas del espíritu . Ptas. 2'50

Fabre d'Olivet
El Génesis de Moisés en su primitivo significado teosófico . . . . Ptas. 2'50
El Zend-Avesta de Zoroastro. (La ciencia oculta de los sacerdotes magos de Persia. Ptas. 3'50

H. P. Blavatsky
La doctrina secreta de la creación . Ptas. 3'50
La doctrina secreta de los símbolos . Ptas. 2'50
La doctrina secreta del hombre . . Ptas. 2'50

Pauther y G. Brunet
Los himnos mágicos del Rig-Veda . Ptas. 2'50

LUIS JACOLLIOT

LAS CIENCIAS OCULTAS Y LOS INICIADOS DE LA INDIA

Traducción de

A. CHAMPS D'OR

EDITORIAL B. BAUZÁ
Aribau, 175 a 179
BARCELONA

Talleres Gráficos B. Bauzá—Aribau, 175 a 179. - Barcelona

PRIMERA PARTE

Las ciencias ocultas en la India

«Recuerda, hijo mío, que no hay más que un solo Dios, dueño y soberano y principio de todas las cosas, a quien todo bracmán debe adorar en secreto. Pero ten también presente que este es un misterio que no debe ser revelado al vulgo. Si lo hicieses, te sucederían grandes desgracias.»

(Palabras que pronuncian los bracmanes al recibir a un iniciado, según Vrihaspati.)

A

CREACIÓN

U

CONSERVACIÓN

M

TRASFORMACIÓN

CAPITULO PRIMERO

Los iniciados de los antiguos templos

No es en las obras religiosas de la antigüedad, tales como los Vedas, el Zend-Avesta y la Biblia, donde hay que ir a buscar la expresión exacta de las creencias elevadas de su época.

Escritos para ser leídos, mejor, cantados, en los templos, en los días de grandes fiestas, estos Libros de la Ley, concebidos con una finalidad de dominio sacerdotal, no tenían la misión de entregar al vulgo el secreto de las ciencias, en las que los sacerdotes y los iniciados ocupaban sus ocios.

«Recuerda, hijo mío, decían los bracmanes hindúes al neófito, que no hay más que un solo Dios, dueño soberano y principio de todas las cosas, a quien todo bracmán debe adorar en secreto. Pero ten también presente que este es un misterio que no debe ser revelado al vulgo. Si lo hicieses, te sucederían grandes desgracias.»

En el Manú hallamos a cada momento la misma prohibición:

«La Santa Sílaba primitiva compuesta de tres letras, A-U-M, en la cual está comprendida la Trinidad védica, debe conservarse secreta...»

Manú, libro XI, sloca, 265.

Estas tres letras simbolizan todos los secretos de la iniciación en las ciencias ocultas.

El *Honover*, o germen primordial, que el Zend-Avesta define así:

«El puro, el santo, el veloz Honover, os lo digo claramente, ¡oh, sabio Zoroastro! existía antes que el cielo; antes que el agua; antes que el aire; antes que los rebaños; antes que los árboles; antes que el fuego, hijo de Ormuz; antes que el hombre puro; antes que los dioses; antes que todo el mundo; antes que todas las cosas...», ¿no debía ser explicado, en su esencia, sino a los magos solamente? El vulgo no podía siquiera conocer la existencia de aquel nombre venerado, so pena de sufrir la muerte, o la locura.

La misma prohibición se hace a los kabalistas antiguos en este pasaje de la Mischna:

«Está prohibido explicar a dos personas la historia de la creación, ni siquiera a una la historia de la Merkaba—que trataba de los atributos del Sér irrevelado;—sin embargo, cuando sea un hombre sabio o inteligente por sí mismo, está permitido confiarle el sumario de los capítulos.»

Del eminente hebraísta A. Franck, del Instituto, copiamos la explicación de este curioso pasaje de la Kábala hebraica. Por ella veremos confirmada la opinión que hemos emitido de que la expresión exacta de las creencias, de las castas sacerdotales y de los iniciados, no se encontraba en las obras cuya lectura estaba permitida al pueblo.

«Evidentemente, no se trata aquí del texto del Génesis, ni del de Ezequiel, en el que el profeta relata la visión que tuvo a orillas del río Chevar.

La Escritura toda, estaba, por así decirlo, en boca de todo el mundo; de tiempo inmemorial *los observadores más escrupulosos de todas las tradiciones* se imponen el deber de releerla en su templo, al menos, una vez cada año. Moisés mismo, no cesa de recomendar el estudio de la Ley, por la cual se entiende universalmente el Pentateuco. Esdras, después de regresar de su cautiverio en Babilonia, la leyó en alta voz ante el pueblo. Igualmente es imposible que las palabras que acabamos de citar, expresen la prohibición de dar, al relato de la creación y a la visión de Ezequiel, una explicación cualquiera, de intentar comprenderlas por sí mismo y de hacerlas comprender a los demás. Se trata de una interpretación, o mejor, de una doctrina conocida, *pero enseñada con misterio;* de una ciencia no menos determinada en su forma como en sus principios, puesto que se sabe cómo se divide y se nos muestra repartida en varios capítulos, cada uno de los cuales está precedido de un sumario. Pues bien; debemos

hacer notar que la visión de Ezequiel no nos ofrece nada semejante, y llena, no varios, sino un solo capítulo, precisamente, el primero de las obras atribuídas a dicho profeta.»

Vemos, además, que esta *doctrina secreta* comprende dos partes, a las que no se concede la misma importancia: una de ellas, puede ser enseñada a dos personas, mientras que la otra no puede jamás ser divulgada por completo ni a una sola, aun cuando ésta reúna las severas condiciones que se imponen.

Si hemos de dar crédito a Maimónides, el cual, extraño a la Kábala, no podía, sin embargo, negar su existencia, la primera mitad, la que tiene por título: *Historia del Génesis o de la Creación*, enseñaba la ciencia de la Naturaleza; la segunda, la que se llama Merkaba, o historia del carro, encerraba un tratado de *teología*. Esta opinión ha sido adoptada por todos los kabalistas (1).

Veamos otro pasaje, en el que el mismo hecho se nos aparece de una manera no menos evidente:

«Rabí Jochanan dijo un día a Rabí Eliezer: «Ven, que te enseñaré la Merkaba». Este le respondió: «No soy bastante viejo para ello». Cuando llegó a viejo, murió Rabí Jochanan, y algún tiempo después, Rabí Assi le dijo a Eliezer: «Ven, que te enseñaré la Merkaba». Y le replicó: «Si me hubiese creído digno, la

(1) Ya no existe el original.

hubiese aprendido de Rabí Jochanan, tu maestro.»

Se ve por esto, que para ser *iniciado en la ciencia misteriosa* de la Merkaba, no bastaba distinguirse por la inteligencia y una eminente posición, sino que, además, se debía haber alcanzado una edad avanzada, y que, hasta cuando se cumplía esta condición, igualmente observada por los kabalistas modernos, no siempre se estaba seguro *de su inteligencia o de su fuerza moral para aceptar el peso de aquellos temidos secretos*, que, por la fe positiva y por la observancia material de la ley religiosa, no dejaban de ofrecer peligros. He aquí un curioso ejemplo, relatado por el mismo Talmud en un lenguaje alegórico, del que en seguida nos da là explicación.

«Según lo que nuestros maestros nos han enseñado, cuatro fueron los que entraron en el jardín de las delicias, y he aquí sus nombres: Ben Asai, Ben Zoma, Acher y Rabí Akiba.

Ben Asai, miró con curiosidad, y perdió la vida. Puede aplicársele este versículo de la Escritura: La muerte de sus santos es cosa preciosa a los ojos del Señor.

Ben Zoma miró también, pero perdió la razón, y su suerte justifica esta parábola del sabio: ¿Habéis encontrado miel? Comed tan sólo lo que os sea suficiente, temiendo que habiendo comido con exceso no la vomitéis.

Acher hizo grandes destrozos en las plantaciones.

Por último, Akiba entró en paz y en paz

salió, porque el santo cuyo nombre debe ser bendito había dicho: «No se castigue a este anciano; él es digno de servir con gloria.»

No es posible tomar ese texto al pie de la letra y suponer que en él se trata de los esplendores materiales de la otra vida; primeramente, no hay ejemplo de que el Talmud, al hablar del Paraíso, emplee el término, completamente místico, que usa en estas líneas; en segundo lugar, no puede admitirse que, después de haber contemplado, mientras vivían, las potencias que en el cielo esperan a sus elegidos, se pierda la fe o la razón, como les sucede a dos de los personajes de esta leyenda. Tenemos, pues, que reconocer, con las autoridades más respetadas de la Sinagoga, que *el jardín de delicias* en que han penetrado los cuatro doctores, no es otra cosa que esa ciencia misteriosa de que hemos hablado, *ciencia terrible para las inteligencias débiles, a las cuales conduce a la locura...*»

Deliberadamente, no hemos querido suprimir nada de esta larga cita, puesto que, además de apoyar nuestra opinión en una autoridad indiscutible, nos permite establecer una relación extraordinaria entre las doctrinas de los antiguos kabalistas hebraicos y las de los hindúes secuaces de los Pitris-espíritus. Estos últimos, en efecto, como más adelante veremos, no admitían a la iniciación, en los tiempos antiguos, más que a los ancianos, y su libro de ciencia, el *Agruchada Parikchai,* como los libros de los primeros kabalistas, *el relato de la*

creación, la Merkaba, y en último lugar el Zohar, está dividido en tres partes, que tratan:

1.º De los atributos de Dios;
2.º Del mundo;
3.º Del alma humana.

En una 4.ª parte, el *Agruchada Parikchai* expone las relaciones entre las almas universales, indica *las formas de evocación* que deben emplearse para obtener que los pitris consientan en manifestarse a los hombres y enseñarles las verdades inmortales, según el grado más o menos elevado de perfección que cada uno de estos espíritus ha conquistado por sus buenas obras.

Las obras de la Kábala hebrea, y especialmente, el Zohar, no contienen esta cuarta parte, no porque los kabalistas no hayan admitido estas relaciones de almas *desencarnadas* con las que aun no han abandonado sus envolturas mortales; y prueba de ello, es el alma de Samuel, evocada ante Saúl por la pitonisa de Endor, y las numerosas apariciones bíblicas; pero hacían de ello el objeto de la iniciación del segundo grado, y estos secretos terribles debían enseñarse de viva voz solamente en los misteriosos asilos de los templos.

No es el estudio de Dios y el mundo lo que podía llevar a la locura a las débiles inteligencias de que habla el pasaje del Talmud que acabamos de citar, sino más pronto *las prácticas kabalísticas de evocación* de la iniciación suprema.

«Quien, dice el Talmud, ha sido instruído de este secreto y lo guarda vigilante en un corazón puro, puede contar con el amor de Dios y el favor de los hombres; su nombre inspira respeto, su ciencia no teme el olvido y es el heredero de los mundos, del que ahora vivimos y del mundo del porvenir.»

¿Cómo se podían conocer los secretos del mundo del porvenir, si no se recibían las comunicaciones de aquellos que ya lo habitaban?

Ya veremos cómo el Zohar de los kabalistas y el *Agruchada Parikchai* de los hindúes profesan las mismas ideas sobre el germen primordial Dios, el mundo y el alma. Nos inclinamos, pues, a creer que estamos en lo cierto, cuando pensamos que la enseñanza de las prácticas que no teme revelar el libro hindú, se daban al oído, por así decirlo, entre los antiguos Thanaims del judaísmo.

Por lo demás, hay pagodas en la India en las que esta cuarta parte del *Agruchada Parikchai* está separada de las otras tres y forma un libro aparte, lo que se prestaría a suponer que no era revelada más que en último lugar y solamente a un pequeño número de adeptos.

Añadamos que los kabalistas de Judea y los secuaces de los pitris en la India se servían de la misma expresión para designar a un adepto de las ciencias ocultas:

¡Ha entrado en el jardín de las delicias!

No ha llegado a nosotros ninguna obra de doctrina de los egipcios y de los antiguos caldeos sobre estas materias, pero los fragmentos de inscripciones que poseemos, prueban que una iniciación superior existió igualmente en dichos pueblos. El gran nombre, el nombre misterioso, el nombre supremo, que sólo de Ea era conocido, no debía jamás ser pronunciado.

De consiguiente, está fuera de duda que la *iniciación*, en la antigüedad, no fué el conocimiento de las grandes obras religiosas de la época, como el Zend-Avesta, los Vedas, la Biblia, etc., que todo el mundo estudiaba, sino, más bien, el acceso de un corto número de sacerdotes y de sabios a una *ciencia oculta* que tenía su génesis, su teología, su filosofía, y sus prácticas particulares y cuya revelación estaba prohibida al vulgo.

La India ha conservado todas las riquezas *manuscritas* de su civilización primitiva, y sus iniciados no han abandonado ninguna de sus antiguas prácticas.

Podemos, pues, levantar completamente el velo de la iniciación bracmánica.

Y después de haber comparado las doctrinas filosóficas de los adeptos de los pitris con las de los kabalistas judíos, diremos por qué puntos de *contacto* los iniciados de las demás naciones de la antigüedad se relacionan con los *iniciados* de las pagodas hindués.

CAPITULO II

Los bracmanes

Antes de entrar de lleno en nuestro tema, nos parece útil decir algunas palabras respecto a los bracmanes. No resucitaremos la cuestión, tan discutida por la ciencia, de su verdadero origen. Unos, en interés de sus doctrinas etnográficas, les hacen proceder de las llanunuras estériles y desoladas que se extienden desde el este del Caspio a las riberas del Oxus. Otros, de acuerdo con los libros sagrados y los *pundits* de la India, de la comarca comprendida entre el Ganges y el Indo, de una parte, y el Godavery y el Kristna, de otra. Sobre la primera de estas hipótesis, hemos dicho en *La Genese de l'humanité:*

«Semejante sistema parecerá singular, por no decir más, cuando se sepa que esta comarca, a la que se considera como la cuna de la antigua raza hindú, no posee una ruina, un recuerdo, el menor vestigio que pueda dar una base etnográfica a esta opinión; ni monumentos, ni tradiciones de ninguna clase se encuentran en esta tierra, que habría debido producir la civilización más asombrosa de los

tiempos antiguos, a tal punto, que tan lógico sería hacer proceder a los arios, o bracmanes, de las llanuras arenosas del Sahara.

«Un porvenir próximo hará tabla rasa de todas estas lucubraciones, engendradas en cerebros alemanes con una finalidad fácil de comprender. Nuestros vecinos no hacen de la investigación de la *verdad absoluta* el objetivo de su ciencia; sólo tienen en cuenta el interés de su raza, que, según ellos, está destinada a dominar el mundo.

»Hacer llegar a la India desde el Este del Caspio a pueblos rubios de cabellos dorados; crear una especie de germanos en el Oxus para enviarlos a conquistar el Ganges; atribuír los Vedas y el Manú a las razas del Norte, arrebatándoselos a las del Sur, todo ello sirve admirablemente a sus proyectos. Así, sus antepasados habrían dominado todo el Oriente, y todas las civilizaciones antiguas habrían procedido de ellos, de la misma manera que quieren hoy dominar el mundo moderno y preparar las civilizaciones del futuro... No se crea que esto es un sueño, un prejuicio nuestro; en todas las Universidades de Alemania la juventud oye con entusiasmo las lecciones en que se nombra, a los *arios-hindúes, los antiguos germanos del Oxus y del Ganges*, preparándose así para desempeñar en Europa el mismo papel de conquistadores.

»La lucha contra Francia desarmada y sorprendida, ha embriagado de tal modo a nuestros vecinos de las orillas del Rin, que se creen impulsados hacia adelante por una especie de

fatalismo naturalista, que sus profesores extraen del silogismo y del desarrollo de las fuerzas físicas, único Dios que domina el mundo de esta *pretendida ciencia nueva.*

»Se dice a estos jóvenes que el hombre se desarrolla únicamente por las fuerzas materiales; que hay, fatalmente, razas superiores que tienen derecho a dominar el mundo; que los germanos, descendientes de los Arios, son, desde el punto de vista fisiológico y científico, superiores a las demás naciones; y que, de consiguiente, tienen derecho a imponerles por la fuerza su dirección; es decir, su dominación.

»Y toda Alemania (1) repite con el profesor Schopenhauer:

»Entre los hombres, como en el reino animal, lo que reina es la fuerza, no el derecho. El derecho no es más que la medida de la potencia de cada uno.»

Por esto, para demostrar que los germanos han sido siempre una *raza superior,* sus sabios han hecho proceder a los bracmanes de las orillas del Oxus.

La segunda opinión, que hace originarios a los bracmanes de las llanuras centrales del Indostán, se apoya en la realidad histórica y geográfica y en la autoridad de los *pundits* y del Manú, cuyo texto célebre se conoce:

«Curukchetra, Matsya y la región de Butchala, que recibió también el nombre de Canya-Cobja (montaña de la virgen) y Suraswaca, también llamada Mathura, forman la comarca vecina a la de Brahmavarta, *país de los hombres virtuosos,* es decir, de los bracmanes.»

(1) Téngase en cuenta la fecha en que fué publicado este libro: 1875.—(N. del T.)

Estas comarcas están encerradas en el cuadrilátero formado por los cuatro ríos que acabamos de nombrar. No insistimos sobre este tema, porque no tenemos intención de discutir en esta obra problemas de etnografía, sino de exponer concepciones religiosas.

Manú, el legislador de los templos de la India, da a los bracmanes un origen divino:

«Para la propagación de la raza humana, de su boca, de su brazo, de su muslo y de su pie, el Señor soberano creó el bracmán, sacerdote; el chatria, rey; el vaisia, comerciante; y el sudra, esclavo.

«Por su origen, que arranca del miembro más noble; porque nació el primero, y porque posee la Sagrada Escritura, el bracmán es de derecho señor de toda la creación.

»Todo lo que el mundo encierra es propiedad del bracmán; por su primogenitura y su nacimiento eminente, el bracmán tiene derecho a todo lo que existe.

»El bracmán no come sino lo que le pertenece, no recibe como vestido más que lo que ya es suyo, y al hacer limosna, con los bienes de los demás, no da más que lo que le perte-

nece. Por la generosidad de los bracmanes, gozan los hombres de los bienes de este mundo.»

Manú, libro 1.º

De aquí nació el derecho divino.

Durante varios miles de años, los bracmanes gobernaron la India sin oposición. Los reyes, o, mejor dicho, los jefes, no eran más que sus mandatarios; la masa del pueblo, un dócil rebaño, cuyo trabajo mantenía el lujo y la ociosidad de las clases elevadas. En los templos, inmensos depósitos de riqueza acumulada por el trabajo de los desheredados, los sacerdotes aparecían a los ojos de la multitud deslumbrada ataviados de magníficas vestiduras y se prosternaban ante los ídolos de madera, de granito y de bronce, que ellos habían inventado, dando por sí mismos, riendo con disimulo, ejemplo de sumisión a las más ridículas supersticiones. Una vez ejecutados estos sacrificios con una finalidad de dominación temporal, el vaisia y el sudra volvían a la tierra, y los jefes a sus placeres, mientras los sacerdotes regresaban a sus misteriosas moradas en las que se entregaban al estudio de las ciencias y a las más altas especulaciones filosóficas y religiosas.

Llegó el momento en que los chatrias, o reyes, se sirvieron del pueblo para sacudir el yugo teocrático, pero así que vencieron a los sacerdotes y tomaron el título de *señores de la tierra,* abandonaron a sus aliados de la víspera y dijeron a los bracmanes:

«Predicad a los pueblos que nosotros somos los elegidos de Dios, y os colmaremos de riquezas y de privilegios.»

Se hizo la alianza con esta base... y desde hace más de veinte mil años, el sudra, el *servum pecus,* el pueblo no ha logrado romperla.

Reducidos a un papel puramente religioso, los bracmanes emplearon todo su poder en mantener a la muchedumbre en la ignorancia y el respeto, y desconfiando, incluso, de la ambición que podría llevar cualquier día a un miembro de su propia casta a sublevar en su provecho a las clases inferiores, pusieron el secreto de sus creencias, de sus principios y de sus ciencias, bajo la salvaguardia de la *iniciación,* no admitiendo a las revelaciones supremas más que a aquellos que podían realizar cuarenta años de *noviciado* y de obediencia pasiva.

La iniciación comprendía tres grados.

Figuraban en el primero todos los bracmanes del culto vulgar y los sacerdotes de las pagodas encargados de explotar la credulidad del pueblo. Se les enseñaba a comentar los tres primeros libros de los Vedas, a dirigir las ceremonias y a ejecutar los sacrificios; estos bracmanes del primer grado, estaban en constante relación con el pueblo y tenían sus directores inmediatos, sus *gurúes.*

El segundo grado, comprendía los *exorcistas, los adivinos, los profetas y los evocadores de espíritus,* los cuales, en ciertos momentos difíciles, estaban encargados de impresionar la imaginación del populacho por medio de fe-

nómenos sobrenaturales. Leían y comentaban el *Atharva-Veda*, recopilación de conjuros mágicos.

En el tercer grado, los bracmanes no tenían ya relación con el pueblo; su única ocupación era el estudio de todas las fuerzas físicas y sobrenaturales del Universo, y cuando se presentaban en público, era siempre entre fenómenos terroríficos y desde lejos. Según el célebre sorite sánscrito, los dioses y los espíritus estaban a su disposición.

Dêvadinam djagat sarvam
Mantradinam ta dêvata
Tan mantram brahmanadinam
Brahmana mama devata.

Todo lo que existe está bajo el poder de los dioses.

Los dioses están bajo el poder de los conjuros mágicos.

Los conjuros mágicos están bajo el poder de los bracmanes.

De consiguiente, los dioses están bajo el poder de los bracmanes.

No se podía llegar al grado superior sin haber pasado por los dos primeros, o sin haber sufrido un trabajo de depuración, según el valor y la inteligencia de los individuos.

Nunca hubo máquina de defensa social mejor combinada, capaz de ser envidiada por los más libres de prejuicios de nuestros doctrinarios modernos...

Todo lo que era demasiado inteligente, o sin

elasticidad de carácter, desaparecía entre los fanáticos del primer grado, en los que no había que temer ningún exceso de ambición. Este bajo clero, si podemos usar esta expresión, no estaba muy por encima del nivel de los demás hindúes, cuyas supersticiones, que tal vez enseñaba de buena fe, compartía. Encerrado en las prácticas ordinarias del culto, no había que temer de él esas independencias de pensamiento que no nacen comunmente más que con la ciencia. Sólo al cabo de veinte años era posible, por elección, salir de este grado, para pasar al segundo, en el que se comenzaba a descorrer el velo de las ciencias ocultas; y el mismo lapso de tiempo era necesario para franquear las barreras del tercero. Los iniciados de esta clase estudiaban el *Agruchada Parikchai, o Libro de los Espíritus.*

Por encima de este último grado, había aún un consejo superior, presidido por el brahmatma, jefe supremo de todos los iniciados.

Este pontificado no podía ser ejercido más que por un bracmán que hubiese pasado de los ochenta años. El era el único guardián de la fórmula altísima, resumen de toda ciencia, contenida en las tres letras místicas:

A

U M

Estas tres letras significan: *creación, conservación y trasformación.* Unicamente él la comentaba en presencia de los iniciados.

Encerrado en un inmenso palacio rodeado de veintiuna murallas, el brahmatma no se mostraba al pueblo más que una vez al año, con tal pompa y ceremonia, que aquellos que lograban verle quedaban profundamente impresionados, como si hubiesen visto un dios.

El vulgo le creía inmortal.

Para conservar esta creencia en el espíritu de las masas, éstas jamás conocían la muerte de un brahmatma, ni la elección del nuevo. Todo se hacía en el silencio de los templos, y sólo los iniciados del tercer grado concurrían a la designación, que no podía hacerse más que entre los miembros del consejo supremo.

«Cualquiera de los iniciados del tercer grado que revelase a un profano una sola de las verdades, uno solo de los secretos confiados a su custodia, recibirá la muerte. Quien recibiere la confidencia, sufrirá la misma suerte.»

Por último, para coronar este hábil sistema, existía una palabra superior todavía al misterioso monosílabo—A U M,—que hacía de aquel que poseía la clave casi igual a Brahma. Solamente el brahmatma la poseía y la trasmitía a su sucesor en un cofre sellado.

Esta palabra desconocida, de la que ningún poder humano podría obtener la revelación, aun hoy día, en que la autoridad bracmánica ha caído bajo las invasiones mogólicas y europeas y en que cada pagoda tiene su brahmatma; esta palabra, decimos, estaba grabada en un triángulo de oro conservado en un santuario del templo de Asgartha, del que únicamente el

brahmatma tenía las llaves. Por ello ostentaba en su tiara dos llaves cruzadas, sostenidas por dos bracmanes arrodillados, signo del precioso depósito que custodiaba.

Esta palabra y este triángulo, estaban grabados en el engaste de la sortija que dicho jefe religioso llevaba como uno de los signos de su autoridad, y estaba, igualmente, encuadrado en un sol de oro sobre el altar en que cada mañana el supremo pontífice ofrecía el sacrificio del sarvameda, o sacrificio a todas las fuerzas de la Naturaleza.

A la muerte del brahmatma, su cuerpo era quemado en un trípode de bronce y sus cenizas arrojadas al Ganges. Sí, a pesar de todas las precauciones, se esparcía entre el pueblo el rumor de su fallecimiento, los sacerdotes hacían circular la especie de que el jefe supremo había subido al cielo en el humo de los sacrificios, y que en él permanecería durante algún tiempo, bajando luego a la tierra.

Las numerosas revoluciones que tan profundamente han alterado la situación social y religiosa de la India, han privado al bracmanismo de su jefe supremo; hoy, cada pagoda tiene sus iniciados de los tres grados y su brahmatma, particular. Los jefes de estos templos están en abierta hostilidad, unos con otros, muy a menudo; pero esta descomposición no ha alcanzado a las creencias, y al estudiar las tres clases de iniciación, veremos que los bracmanes hindúes siguen siendo observadores inmutables de sus antiguas prescripciones religiosas.

CAPITULO III

EL BRACMAN DESDE SU NACIMIENTO HASTA SU NOVICIADO

Ceremonia del Djata-Carma

Así que una bracmina da a luz, su marido anota cuidadosamente la hora, el día, el año, la época y la estrella que ha presidido el nacimiento del niño, y lleva estos datos al astrónomo de la pagoda, que dicta el horóscopo del recién nacido. Nueve días después, se levanta un estrado rodeado de flores y follaje, en el que se sienta la madre con el hijo en brazos.

Un bracmán purohita, oficiante de la primera clase de los iniciados, hace entonces delante del estrado el *pudja* o sacrificio a Visnú. Derrama un poco de agua lustral sobre la cabeza del niño y en el hueco de la mano del padre y de la madre, que la beben, y rocía con el mismo líquido a los asistentes.

El padre trae luego un plato de barro, de bronce, o de plata, según su fortuna, en el que presenta un poco de betel y un regalo, que ofrece al purohita.

Esta ceremonia purifica al niño de todas las impurezas que han acompañado a su nacimiento.

A partir de este momento, la madre, que, desde el parto, ha permanecido en una habitación separada, debe vivir diez días más en un lugar retirado, y solamente al cabo de este tiempo, le es permitido salir y dirigirse al templo, para en él purificarse de sus impurezas.

Es inútil hacer notar la concordancia de estas costumbres con las del judaísmo, en parecidos casos.

Ceremonia del Nahma-Carma

Doce días más tarde tiene lugar la ceremonia de la dación del nombre, o *nahma-carma*.

Después de haber adornado la casa como para una fiesta, se invita a todos los parientes y amigos, de la casta bracmánica solamente. El padre, luego de haber hecho una oblación al fuego y a las nueve divinidades principales que presiden a los planetas, trascribe con un pincel sobre una tableta de madera el horóscopo de su hijo, que ha sido formado en la pagoda, con el nombre que quiere darle.

Hecho esto, pronuncia siete veces en voz alta el nombre que acaba de escribir, y cuando todos los asistentes lo han repetido con él, termina con las siguientes palabras:

«Bendito sea el nombre de Brahma; este es mi hijo y se llamará Narayana (o cualquier otro nombre); oídlo bien, a fin de que lo recordéis.»

Sale entonces de la casa, y seguido de todo el cortejo, planta en su jardín, o delante de la casa, un cocotero, un tamarindo o una palmera, según el país, diciendo:

«En el nombre del justo y poderoso Brahma, vosotros, que estáis aquí presentes, conservad la memoria de esto: este árbol ha sido plantado el día de Narayana, en el año treinta y cinco del V siglo lunar de la tercera época divina», o cualquier otra fecha, pues esto no es más que una simple fórmula.»

Terminada la ceremonia, todos los asistentes se reúnen en un banquete, y antes de su partida, el padre regala a cada uno de ellos una copa de madera de cedro o de sándalo, en la que está grabado el horóscopo, o, más generalmente, las iniciales del niño.

Este regalo tiene por objeto comprobar la edad del infante, si, más tarde, ofreciese dudas la legitimidad de su nacimiento. Llamados ante el tribunal de la casta, los testigos se presentarían ante él, con la copa en la mano, diciendo:

«En nombre del poderoso y justo Brahma, lo que mis labios van a decir es conforme a la verdad. Esta copa me fué dada por Covinda el día de Narayana, en el año treinta y cinco del V siglo lunar de la tercera época divina. Narayana es realmente hijo de Covinda.»

El bracmán purohita que asiste a la ceremonia ofrece entonces un sacrificio a los pitris, o espíritus de los antepasados, para rogarles que protejan al recién nacido.

Luego, el padre distribuye betel entre los asistentes y hace un regalo, proporcionado al estado de su fortuna, al sacerdote oficiante.

Ceremonia del Anna-Prassana

Cuando el niño entra en su séptimo mes, se le da a comer arroz por primera vez. Esta fiesta toma el nombre de *Anna-Prassana*.

Como en las demás ceremonias, el padre invita a todos sus parientes y amigos y hace venir a un sacerdote oficiante de la pagoda. Después de un baño general en el estanque de las abluciones, en el que el purohita ha derramado algunas gotas de agua lustral, todos los convidados van a colocarse en un estrado adornada de ramas de árboles provistas de sus fru-

tos, y el sacerdote ofrece un sacrificio a los espíritus lunares protectores de la familia.

Durante este tiempo, las mujeres salmodian cánticos apropiados a las circunstancias y se hace por vez primera la ceremonia del *aratty* sobre la cabeza del niño, ceremonia que tiene la propiedad de alejar los malos espíritus.

El sacerdote bendice entonces el cordón bracmánico, signo de la casta, y rodea con él el talle de la criatura. Se derrama en su boca un poco de caldo de arroz y todos se sientan para comer.

Esta ceremonia se termina, como las otras, con distribuciones de betel y un presente al sacerdote oficiante.

La ceremonia del Tchaula

Así que el niño alcanza la edad de tres años, se le hace el *Tchaula,* o tonsura.

Esta fiesta es mucho más solemne que las precedentes, porque en ella el niño pronuncia el nombre de la Divinidad por vez primera y los de los espíritus protectores del hogar.

Después de haber bañado al niño y adornádole con un collar y brazaletes de cuentas de coral y sándalo, se le conduce bajo un pandal, especie de palio formado por árboles preparados al efecto y toda clase de flores; los parientes y los invitados le rodean, y el sacerdote ofrece una oblación a todos los pitris,

o manes de los antepasados de la familia, en las dos ramas paterna y materna. Luego se cubre de flores y frutos la estatua de Siva-Lingam, imagen de la perpetua fecundidad.

Comienza en seguida el oficio del barbero. Después de haberse inclinado ante el dios, entre los cantos de las mujeres, que acompañan los músicos de la pagoda, afeita la cabeza del niño, dejándole detrás un mechoncito de cabellos que no debe cortársele nunca.

Mientras dura esta operación, los parientes del niño hacen el aratty sobre la cabeza de los asistentes, para conjurar la presencia de los malos espíritus, y todo el mundo guarda un silencio religioso.

Terminada su tarea, el barbero se retira con el producto de su trabajo, que consiste en cierta cantidad de arroz, y el sacerdote purifica al infante del impuro contacto de aquél.

Se hace de nuevo el tocado del pequeño, y tras otro baño en el estanque sagrado de las abluciones, destinado a que le sean propicios los espíritus y los genios de las plantas, a las cuales se consagra aquel día, una comida y regalos, como siempre, dan fin a la ceremonia.

Hasta la edad de nueve años cumplidos, el infantil bracmán permanecerá en poder de las mujeres, esperando el momento de comenzar su noviciado.

CAPITULO IV

DEL BRACMAN, DESDE SU NOVICIADO HASTA SU ACCESO AL PRIMER GRADO DE LA INICIACION

La ceremonia del Upanayana

(Extracto del *Nitia-Carma,* primera parte del *Agruchada Parikchai,* el libro de las ciencias ocultas de los bracmanes).

La palabra *upanayana* significa: introducción al estudio de las ciencias.

Conservamos, en este pasaje del *Agruchada Parikchai,* la forma en versículos en que está escrito.

«Que el padre virtuoso que posee un hijo, sobre cuya cabeza se han acumulado tres veces tres años, cifra de los espíritus protectores, se preocupe de hacer ejecutar la ceremonia del upanayana.

«Que se procure un vaso de oro, de plata, de bronce o de barro, según su fortuna, para distribuírlos a los bracmanes después de la comida.

«Que haga una abundante provisión de arroz, de granos pequeños, de frutos, de manteca, de azúcar, de legumbres y de leche, porque, no solamente debe obsequiar a sus invitados, sino que la mejor parte debe ser ofrecida en oblación a los pitris y reservada a los pobres y a los huérfanos.

«Cuando el padre de familia da de comer a aquellos que sufren, a los viajeros extenuados, a los peregrinos, a los niños pequeños que pasan mirando con ojos de envidia el festín; cuando arroja fuera del recinto en que éste se celebra, como el sembrador, puñados de grano pequeño para los pajaritos, los espíritus y los manes de los antepasados quedan satisfechos.

«Que la fiesta dure cuatro días y que en cada uno de ellos se empleen vasos nuevos y provisiones frescas y puras.

«Que se prepare vermellón, sándalo y azafrán en polvo, para que las mujeres puedan trazar alrededor de la casa los círculos mágicos que alejan a los malos espíritus y atraen a los buenos.

«Terminados los preparativos, el padre debe

ir a pedir al purohita que le indique un día de feliz influencia. Este día no debe ser ni al principio ni al fin de la luna; debe, igualmente, ser un día impar.

«Que levante entonces el pandal con flores y follaje consagrados, predominando la flor de loto; que esparza en el suelo una espesa capa de hierba del cusa, y que vaya a invitar a sus parientes, comenzando por la línea paterna ascendente, invitando, luego, a sus amigos y a todos los bracmanes que hayan llegado a los cien años.

«Que las mujeres adornen suntuosamente el pandal con ramilletes de flores colocadas en forma de guirnalda, de manera que formen alternativamente bandas rojas y blancas.

«Que todos los invitados, antes de dirigirse al lugar en que debe ejecutarse la ceremonia, vayan a hacer las purificaciones de costumbre en el estanque sagrado de la pagoda.

«Cuando estén reunidos todos los parientes y amigos, introdúzcase al purohita, que debe presidir la ceremonia, con las muestras de respeto que le son debidas, y que aquél lleve consigo un cordón y una piel de gacela.

«La piel de gacela está siempre pura, y quien se sienta sobre ella, no se contamina de impurezas.

«Que haga entonces el purohita el *san-colpa* (preparación del alma), que se abisme en la contemplación de Visnú y se lo represente como el autor y conservador del Universo.

«Que él lo mire como el distribuidor de todas las gracias y como aquel que lleva a un feliz término todas nuestras empresas. Con este pensamiento, pronuncie tres veces su nombre y ofrézcale sus adoraciones.

«Que contemple en seguida las infinitas perfecciones de Brahma, que medite en las tres tríadas que de él brotaron (1), que han creado los ocho millones cuatrocientas mil especies de criaturas vivientes, de las que el hombre es la primera.

«Que medite en la existencia de este Universo que debe durar cien años de dioses (2), y que está dividido en cuatro partes, de las cuales la primera, segunda y la mitad de la tercera han trascurrido ya. Que haga una oblación al Universo.

«Que reflexione en las diferentes encarnaciones de Visnú y en la del jabalí, bajo cuya forma aniquiló el dios al gigante Hirannia.

«Que se prosterne ante las catorce categorías

---

(1) Nara-Nari-Viradj ∴ Ayni-Voya-Surga + Brahma-Visnú-Siva.

(2) Cada año de dioses equivale a varios millares de años lunares.

de espíritus celestiales, de pitris y de espíritus inferiores que llenan los mundos.

«Que haga una oblación al flúido puro, que se llama agasa y que es la esencia de la vida.

«Que pronuncie el misterioso monosílabo que debe ser desconocido del vulgo, moviendo simplemente los labios.

«Que ofrezca el sacrificio a Swayambhuva, el sér existente por sí mismo.

«Que evoque el espíritu de los antepasados, rogándoles que asistan a la ceremonia.

«Que conjure a los espíritus malhechores, cuya presencia podría perturbar los sacrificios.

«Que tenga propicio al espíritu superior Pulear, que preside los obstáculos y hace triunfar las empresas.

«Que todos los invitados se dirijan de nuevo al estanque sagrado de las abluciones y que se purifiquen, según el modo prescrito.

«Así que estén de regreso, el brahmatchary—novicio estudiante,—debe ser colocado en el pandal de flores y todas las mujeres casadas que se encuentren entre la concurrencia deben entonar los cánticos consagrados, untando sus miembros de aceite perfumado y de azafrán y frotando sus párpados con antimonio.

«Cuando el tocado se haya terminado, el padre y la madre del neófito se ponen a su lado bajo el pandal, y las mujeres hacen sobre sus cabezas la ceremonia del aratty, para alejar los malos presagios.

«Se ofrece el sacrificio a todos los espíritus protectores del hogar, lo mismo que las primicias de todos los manjares preparados para la comida.

«Que todos los hombres y mujeres se sienten entonces sobre hojas de cocotero y se den la espalda, de manera que, uno al otro, no se vean comer.

«Se lleva luego el arroz, la manteca clarificada, el aceite, el azúcar, los frutos, y las legumbres destinadas al festín; el padre hará una distribución de betel al terminar la comida, dará un presente al purohita y todo el mundo se retirará.

«Tal es el primer día del upanayana.

«El día siguiente se llama Muhurta—el gran día,—porque es aquel en que se hace la investidura del cordón.

«Que el brahmatchary se coloque bajo el pandal entre su padre y su madre, y que los tres dirijan el rostro hacia Oriente.

«El brahmatchary debe tener los riñones ce-

ñidos por una tela nueva, de tejido puro, y que las mujeres le froten suavemente el pecho y los brazos con polvo de azafrán mezclado de sándalo, entonando al mismo tiempo los cánticos consagrados.

«Que el purohita se adelante hacia él con un braserillo de plata lleno de brasas ardientes; que haga el sacrificio a los espíritus evocándoles alrededor del brasero y que arroje en el fuego, para satisfacer su olfato, incienso y polvo de sándalo.

«Este fuego debe ser conservado hasta el fin de la fiesta del upanayana, porque, si se extinguiese, sucederían grandes desgracias y los espíritus familiares desertarían de la casa.

«Nueve bracmanes y nueve bracminas casadas deben cuidar del fuego.

«Que todas las mujeres casadas que se encuentren entre los invitados se dirijan con gran pompa al estanque sagrado, precedidas de músicos y llevando un vaso de cobre, que deben llenar de agua.

«De regreso en la casa, que cubran el orificio del vaso con hojas de mango, suspendiéndolo de lo alto de una rama de bananero recién cortada y provista de sus frutos.

«Diríjanse entonces todas ellas a la selva vecina y busquen un nido de hormigas blancas;

llenen diez pequeños potes de barro con la tierra desmenuzada y tamizada por dichos animales.

«Después, volviendo al lado de los invitados, ellas deben plantar en dichos potes diez especies de granos diferentes, que regarán con agua tomada del estanque sagrado.

«Hecho esto, el purohita debe colocar juntos todos los potes, y extendiendo sobre ellos una tela fina, que haga la invocación a los espíritus protectores y les pida que manifiesten su poder por medio de un feliz presagio.

«Entonces, imponiendo las manos sobre la tela, que pronuncie en voz baja, sin ser oído de los asistentes, las palabras mágicas siguientes:

Agnim-Pâ-Pâtra
Paryâya
Parôxa

Estos cinco vocablos sánscritos significan:

Agnim—fuego sagrado;
Pâ—agua santa;
Pâtra—vaso purificado;
Paryâya—vegetación mágica;
Parôxa—invisible.

«El purohita debe decir nueve veces nueve, estas palabras. Entonces los espíritus protec-

tores se manifiestan, y la tela se levanta poco a poco durante todo el tiempo que dura la invocación.

«Levante el purohita la tela; los diez granos han perforado la tierra en los diez potes, diez arbolillos se han elevado hasta la altura de la frente del purohita, ostentando cada uno, según su especie, flores o frutos.

«La madre del brahmatchary teje una corona con las flores de estos árboles y la coloca en la frente de su hijo, y el purohita distribuye entre los invitados los frutos que han nacido bajo la tela, repitiendo los asistentes por tres veces:

El presagio feliz se ha manifestado.
El presagio feliz se ha manifestado.
El presagio feliz se ha manifestado.
Que el brahmatchary reciba el triple cordón del noviciado.

«Se hace una nueva invocación al espíritu de los planetas y de los antepasados, para darles las gracias por su intervención protectora, y se ata al cuello del joven bracmán un pedazo de azafrán consagrado.

«Que el barbero afeite entonces la cabeza del novicio y le corte las uñas de las manos y de los pies, al rumor de los cantos de las mujeres, acompañadas de los músicos de la pagoda.

«Se ordena luego al joven bracmán que vaya a bañarse al estanque de las abluciones para purificarse del contacto impuro del barbero, y las mujeres le revisten de nuevas telas puras.

«El purohita se adelanta hacia él, e imponiéndole las manos, disipa su ignorancia, haciéndole apto para el estudio de las ciencias, que va a ocupar todos sus instantes. En seguida, rodea su cintura de un triple cordón tejido con la hierba sagrada del Darba.

«Luego, recitando los conjuros del cuello y del pecho, adorna al neófito con el triple cordón de la iniciación bracmánica y le consagra brahmatchary—novicio aspirante a la iniciación.

«Hágase en este momento elección, para el joven brahmatchary, de un gurú—maestro de ciencia sagrada,—que haya pasado de los sesenta años.

«Que el gurú conduzca aparte a su nuevo discípulo, y haciéndole volver hacia Oriente le diga:

«¡Oh, hijo mío! He aquí que vienes a sentarte entre los hombres; que nada impuro mancille tu cuerpo; que tu pensamiento se dirija siempre hacia el bien, puesto que Brahma va a comenzar a conocerte por tus acciones.

«Sabe que los manes de tus antepasados, provistos

de un cuerpo aéreo, van a seguirte en tus estudios, y más tarde, te revelarán, si tú eres digno, el gran secreto del *sér*.

«Jamás olvides que todo lo que vas a aprender no debe ser revelado al vulgo ignaro, y que no lograrás jamás llegar a la iniciación, si no sabes ocultar el secreto de las cosas en lo más profundo de tu corazón.

«Y habiendo pronunciado estas palabras, el gurú llama por primera vez al joven brahmatchary, Duidjaa; es decir, dos veces nacido.

«El primer nacimiento no es más que la llegada a la vida material; el segundo, es el acceso a la vida espiritual.

«Y así acaba el segundo día.

«El tercer día, ofrezca el brahmatchary por primera vez el sacrificio al fuego, y haga la oblación a los espíritus y a los manes de los antepasados en presencia de todos los invitados.

«El cuarto día, que el padre del joven bracmán que acaba de recibir la investidura haga presentes convenientes a todos los bracmanes que han asistido a la ceremonia, y que no olvide dar una vaca y cien manganys de arroz al gurú de su hijo.

«Después de haber renovado el san-calpa,

que el purohita haga oblación a todos los espíritus que ha evocado para asistir a la fiesta, y les dé las gracias por haber tenido a bien escuchar sus plegarias, y los presentes deben separarse diciendo:

«El niño ha muerto; un hombre ha nacido.»

El brahmatchary conserva esta situación de novicio hasta la época de su matrimonio, que tiene lugar entre los diez y seis y los diez y ocho años. Durante este período de tiempo, permanece en casa de su gurú o director, entregado al estudio de los libros sagrados y de las ciencias matemáticas y astronómicas.

No se le introduce todavía en las *ciencias ocultas*, de las que comenzará a abordar los principios cuando haya llegado (como grahasta, jefe de familia, o purohita, sacerdote oficiante), al primer grado de *la iniciación*.

Manú le dirige las siguientes recomendaciones:

«Después de la iniciación del brahmatchary, el gurú le enseña los deberes de pureza, las buenas costumbres, la conservación del fuego sagrado y las oraciones de la mañana, del mediodía y de la tarde.

«Después de haber hecho las abluciones prescritas, con el rostro vuelto hacia el Oriente, el brahmatchary, antes de abrir el Veda, debe presentar sus homenajes al *Señor, soberano del Universo*.

«Durante la lectura del Veda, debe dominar sus sentidos y mantener juntas las manos para rendir homenaje al libro santo; al comenzar y al terminar la lectura, besa los pies de su director, y no comienza, ni termina, sino cuando el gurú le dice: «¡Estudia!», o «Está bien; basta».

«Al principio y al fin de su lectura, pronuncie siempre el monosílabo sagrado —**A U M**—, que encierra en sí el misterio de la Trinidad. Quien no lo hace, olvida lo que aprende con tanta rapidez como se borran los caracteres trazados en el agua.

«Que pronuncie este misterioso monosílabo, invocación a la Trimurti, cuya esencia ha exprimido el mismo Brahma en el Veda, con el rostro vuelto hacia Oriente, puro de toda mancilla, reteniendo su aliento y teniendo en sus manos una varita de la sagrada hierba cusa.

«El brahmatchary no debe nunca causar el menor pesar al gurú que se ha impuesto el deber de educarle y de hacerle conocer las santas escrituras. Debe venerarle como se venera a un padre y a una madre.»

No dice el *Agruchada Parikchai* que el bracmán tiene el derecho de servirse de la invocación del misterioso monosílabo Aum, que Manú le concede, pero el antiguo legislador no da aquí a este vocablo más que el sentido vulgar en el que representa la tríada religiosa; en cuanto a la significación mística de las tres

letras, prohibe dar la explicación, ni más ni menos que el Libro de los Pitris.

«La santa sílaba primitiva compuesta de tres letras, en la que está comprendida la tríada védica, debe ser guardada secreta, como otra triple veda», etc.

Manú, libro XI, sloca, 265.

No hablaremos aquí de las ceremonias del matrimonio del brahmatchary, ni de sus funerales, cuando muere durante el noviciado; los restringidos límites de un volumen, no nos permitirían extendernos sobre estas materias, más que a costa de los puntos más interesantes de nuestro tema.

Las verdaderas prácticas de las ciencias ocultas no comienzan más que en el segundo y tercer grado de iniciación, y son estos estados los que especialmente nos importa conocer, puesto que el noviciado, y el primer grado, no son más que una preparación de los grados superiores.

Baste con decir que las fiestas del matrimonio y las ceremonias funerarias van siempre acompañadas de la evocación de los manes de los antepasados y de los pitris, sin cuya presencia no podrían tener lugar.

CAPITULO V

Del primer grado de iniciacion

Abluciones—Plegarias—Ceremonias
Evocación

(Traducido del *Agruchada Parikchai*)

Por su matrimonio, el brahmatchary deja de pertenecer a la clase de los novicios, sin entrar, sin embargo, en la de los grihasta, o jefes de familia iniciados del primer grado. Para esto es preciso: 1.º, que haya pagado la *deuda de los antepasados* con el nacimiento de un hijo destinado a perpetuar su raza; 2.º, que haya sido juzgado digno, por el informe de su gurú, de franquear este primer paso.

Una vez admitido, puede seguir siendo un simple grihasta, o, a título de purohita, ser agregado a una pagoda; en uno o en otro estado, comienza a ser parte de la gran familia sacerdotal, y todos los años de su vida, diaria, mente, serán destinados a preparar su espíritu

y su cuerpo, por la meditación, la oración, los sacrificios, las abluciones y los más minuciosos cuidados de aseo, a la trasformación personal a que aspira.

Copiamos del *Nittia-Carma*, primera parte del *Agruchada Parikchai*, que ya hemos citado, cuáles son las innumerables ceremonias de purificaciones corporales y espirituales que le son impuestas, ninguna de las cuales puede descuidar sin los más severos castigos.

Conservamos las divisiones adoptadas en la obra original.

Proemium

«Que el grihasta deje su lecho, todas las mañanas, una hora antes de salir el sol, y al dejarlo, que su primera palabra sea una invocación a Visnú.

«Que se dirija en seguida a la gran esencia cuyo número *tres* está contenido en *uno*, y a los espíritus superiores, y que diga:

¡Brahma! ¡Visnú! ¡Siva!

«Y vosotros, genios superiores de los siete planetas, haced que nazca el día.

«El segundo nombre que debe pronunciar es el del gurú a cuyas órdenes hace el noviciado. Que diga:

«¡Oh, santo gurú! Os ofrezco mis adoraciones; os amo como a un espíritu superior que ha abandonado ya el mundo. Gracias a vuestras sabias lecciones, he podido evitar el mal.

«Que ruegue al Sér supremo que descienda a su corazón, y que diga:

«He aquí que Brahma está en mí y voy a gozar de una dicha perfecta.

«Que se dirija a Visnú, y diga:

«Dios, que eres el más puro de los espíritus, el principio de todas las cosas, el dueño del mundo, el fecundador de la Naturaleza, por vuestras órdenes dejo mi lecho y voy a afrontar los escollos del mundo.

«Que medite, luego, sobre todo lo que debe hacer durante el día, y en las obras buenas y acciones meritorias que ha de ejecutar.

«Que recuerde que, para ser agradable a los dioses, sus acciones deben ser ejecutadas con fervor y piedad, y no con negligencia, o por descargo de conciencia.

«Decidido a cumplir bien todos sus deberes, que recite los mil nombres de Visnú.»

(El *Agruchada* da por entero esta especie de letanía, que está compuesta, en realidad, de mil nombres, y que comienzan así:

Salud a Visnú
Salud a Hary.
Salud a Narayana.
Salud a Covinda.
Salud a Kechva, etc...

Hacemos gracia del resto al lector).

PRIMERA PARTE

Reglas de las abluciones

«Tomando en la mano un vaso de cobre, diríjase para sus necesidades naturales a un tiro de flecha, por lo menos, de su morada, en un lugar aislado...» (No queremos suprimir nada de estos singulares preceptos de higiene, que son comunes a todos los antiguos pueblos de Oriente. ¿No leemos en el Deuteronomio, 23, caps. 12 y 13: *Habebis locum extra castra ad quem egrediaris ad requisita naturae, gerens paxillum in balteo; cumque sederis, fodies per circuitum, et egesta humo operies...?*

«En la elección de un lugar conveniente, evite el recinto de un templo, las orillas de un río, de un estanque, de un pozo, de un camino frecuentado, o de un bosque sagrado.

«Que no lleve sobre sí las telas puras que deben servirle de vestido.

«Que suspenda el triple cordón, símbolo de su dignidad, de la oreja izquierda.

«Que se detenga en un lugar en el que esté seguro de no ser visto, y que durante todo el tiempo que en él permanezca, no tenga presente, ni en el pensamiento ni en la vista, los dioses, los pitris, los manes de sus antepasados, el sol, la luna, los siete planetas, el fuego, un bracmán, un templo, una estatua de la divinidad, una mujer.

«Que guarde un profundo silencio.

«Que no masque nada, ni lleve ningún fardo sobre la cabeza.

«Que se aleje en seguida, y después de haberse lavado los pies y las manos en el agua que ha llevado en el vaso de cobre, que se dirija a la orilla de un río, o de un estanque, para hacer la ablución de las partes secretas.

«Llegado a las orillas del río, o del estanque, en que quiere purificarse, que escoja un sitio conveniente y un poco de arena fina, que debe emplear, junto con el agua, para la purificación.

«Que tenga en cuenta que hay muchas especies de tierras impuras de las que no debe servirse: la tierra removida por las hormigas, aquella de que se extrae la sal, la tierra arcillosa, la que se encuentra sobre un camino frecuentado, la que está debajo de un árbol, en el recinto de un templo, en un cementerio, y la que se halla cerca de los agujeros abiertos por las ratas.

«Que elija, pues, una tierra arenosa, ligera, y sin ninguna clase de *detritus* vegetales o animales.

«Provisto de una tierra conveniente, se acercará al agua sin entrar en ella y llenará su vaso de cobre. Si carece de vaso, que haga un agujero en la arena, en la orilla del río.

«Habiendo tomado un puñado de tierra embebida en agua, frotará y lavará por tres veces la parte manchada, y una vez, las demás partes secretas.

«Luego, después de haberse lavado y limpiado con mucha agua, gargarizará con agua pura y tragará tres sorbos pronunciando el nombre de Visnú.

«Para frotarse los dientes debe servirse de una ramita que sólo debe coger de los árboles udonga, rengú, neradú, visuga, utara, revanú; y de todas las especies lechosas o espinosas.

«Al cortar la rama, dirija las palabras siguientes a los espíritus de los bosques:

«Espíritus de los bosques, corto una de estas

ramitas para frotarme los dientes. Por este acto, concededme una larga vida, fuerzas, honores y talento.

«Terminada esta invocación, corte una varita de un palmo de largo, cuyo extremo afilará en forma de pincel.

«Sentado cerca del agua, vuelto el rostro hacia Oriente, se frotará todos los dientes con esta ramita, y gargarizará tres veces con agua clara.

«No está permitido ocuparse todos los días en este cuidado de limpieza, del cual se debe abstener el sexto, el octavo, el noveno, el onceno y el catorce día de luna llena y nueva.

«El martes de cada semana, el día en que cae la constelación bajo cuyo signo se vino al mundo, el día de la semana y el del mes que corresponden a los del nacimiento.

«En tiempo de eclipses, de conjunciones de los planetas, de los equinoccios, de los solsticios y de otras épocas desgraciadas.

«El día aniversario de la muerte de su padre, o de su madre; y que tenga en cuenta que todo esto es de una prohibición absoluta.

Segunda parte

Reglas de abluciones generales

«Que el bracmán, al dirigirse cerca del río o del estanque de las abluciones, cambie, por el poder de la siguiente invocación, el agua del río, o del estanque, en agua sagrada del Ganges.

Invocación

«¡Oh, Ganges!, habéis nacido del seno de Brahma; de allí descendísteis sobre la cabeza de Siva y los pies de Visnú, y habéis caído sobre la tierra para borrar los pecados de los hombres, purificarles de sus mancillas y procurarles la dicha. Sois el recurso y el sostén de las criaturas animadas que viven aquí abajo. Tengo confianza en vos; venid a derramar vuestras aguas sagradas en este río, en el que voy a hacer mis abluciones, para que, así, purifiquéis mi cuerpo y mi alma.»

«Que piense en los espíritus que presiden los ríos sagrados, que son en número de siete:

Yamuna, Sindú, Godavery, Sarasvatty, Nerbuda Gangea, y Cavery.

«Entrando en seguida en el agua, póngase en dirección al Ganges e imagínese que hace realmente sus abluciones en dicho río.

«Después de haberse bañado bien, deberá volverse hacia el sol, y tomando tres veces agua en sus manos, hará tres veces la oblación al astro del día, dejando que el agua se deslice gota a gota por la punta de sus dedos.

«Saldrá luego del agua, ceñirá sus riñones con una tela pura, pondrá otra sobre sus hombros, y se sentará, con el rostro hacia Oriente, colocando a su lado su vaso de cobre lleno de agua.

«Se frotará la frente con polvo de sándalo y trazará la marca roja llamada *Tiloky*, según la costumbre de su casta.

«Que suspenda entonces a su cuello tres guirnaldas de flores de colores diferentes, preparadas por su mujer, y que acabe colgando de su cuello un rosario hecho con los granos encarnados llamados budrakchas.

«Luego, pensará en Visnú y beberá tres veces en su honor del agua que contiene su vaso y de nuevo hará tres libaciones al sol, derramando un poco de agua en la tierra.

«Hará la misma libación en honor de la celeste Trimurti, Brahma-Visnú-Siva, y de los espíritus superiores Indra, Agny, Yama, Neiritia, Varuna, Vahivu, Cuvera e Isania.

«Al aire, al éter, a la tierra, al flúido puro Agasa, principio universal de fuerza y vida, y a todos los pitris y manes de los antepasados, pronunciando los nombres de todos aquellos que se presenten a su memoria.

«Levántese entonces y ofrezca su adoración a Visnú, recitando en su honor las oraciones que le son más agradables.

«Girando tres veces lentamente sobre sí mismo, pronuncia nueve veces en cada vuelta los nombres de la divina Trinidad. Luego, pronunciando lentamente los tres nombres contenidos en el misterioso monosílabo, Brahma-Visnú-Siva, que gire sobre sí mismo nueve veces, pronunciando cada nombre.

«Pronunciando el mismo misterioso monosílabo, en voz baja, gire sobre sí rápidamente nueve veces y recite la siguiente invocación al sol:

Invocación

«¡Oh, sol!, sois el ojo de Brahma por la mañana, el ojo de Visnú a mediodía, el de

Siva, por la noche; sois el diamante del Infinito, la piedra preciosa del aire, el rey del día, el testigo de todas las acciones que ocurren en el Universo. Vuestro calor fecunda la Naturaleza; sois la medida del tiempo; reguláis los días, las noches, las semanas, los meses, los años, los siglos, los calpas, los yuyas, las estaciones, el tiempo de las abluciones y de la oración. Sois el señor de los nueve planetas, purificáis los pecados del globo y disipáis las tinieblas dondequiera que aparecéis. En el espacio de sesenta gahdias, recorréis en vuestro carro la gran montaña del Norte, que tiene ochenta millones seiscientos yodjomas de extensión. Yo os ofrezco mi adoración como al espíritu superior que vela por nuestro mundo.»

«En honor del astro tutelar y del espíritu que lo anima, girará sobre sí mismo doce veces veinticuatro, y si sus fuerzas se lo permiten, veinticuatro veces cuarenta y ocho (1).

«Así mantiene ágil su cuerpo, aumenta su fuerza y se prepara para las evocaciones misteriosas. Se dirige luego al árbol Assuata (2), y después de haber descansado a su sombra, le dirige esta invocación:

---

(1) Este es, sin duda, el origen de los bonzos y de los derviches volteadores.

(2) Todos los bracmanes plantan estos árboles alrededor de sus templos y casas.

Invocación

«Arbol Assuata, sois el rey de las selvas, imagen y símbolo de los dioses. Vuestras raíces representan a Brahma, vuestro tronco a Visnú, vuestras ramas a Siva; por eso representáis la Trimurti. Todos aquellos que os honran en este mundo haciéndoos la ceremonia de la imitación, *dando vueltas* alrededor de vos y cantando vuestras alabanzas, obtienen el *conocimiento de las cosas de este mundo* y una *forma superior* en el otro.»

«Da entonces vueltas alrededor del árbol, siete, catorce, veintiuna, veintiocho, treinta y cinco, y más, hasta el agotamiento de sus fuerzas, aumentando siempre en siete el número de sus vueltas.

«Cuando ha descansado, que se entregue a meditaciones piadosas; revístase luego de telas puras, y después de haber cogido algunas flores para ofrecerlas en sacrificio a los espíritus domésticos, que vuelva a su casa con su vaso lleno de agua.

Tercera parte

Actos después de las abluciones

«De regreso en su casa, el bracmán hace el sacrificio del fuego, y puede luego dedicarse a sus quehaceres.

«A mediodía, después de haber dado sus órdenes para la comida, debe volver al río para purificarse de nuevo, recitando las oraciones, que serán dadas a continuación del ritual.

«Vuelve luego a su casa, y debe poner todo su cuidado en conservarse puro, evitando tocar o caminar sobre cosa que sea susceptible de mancharle.

«Si tocase a una persona de casta inferior, o pusiere el pie sobre un *detritus* vegetal o animal, cabellos o huesos, deberá volver al río, para recomenzar sus abluciones.

«Debe estar en completo estado de pureza para ofrecer el sacrificio a los Pitris-Espíritus, que ha de ejecutar en este instante del día.

«Después de haberse preparado para esta importante ceremonia, entre con recogimiento en la habitación de su casa reservada a los espíritus domésticos que tiene la costumbre de evocar, y que se entregue a las ceremonias preparatorias de la evocación.

De la evocación del primer grado

«Después de haber hecho la oscuridad, que deposite en esta parte de su vivienda un vaso lleno de agua, una lámpara, polvo de sándalo, arroz hervido e incienso.

«Haciendo castañetear sus dedos juntos y girando sobre sí mismo, trace delante de la puerta los círculos mágicos, que le han sido enseñados por el gurú superior, para impedir el acceso a los espíritus maléficos y encerrar en dichos círculos a aquellos que hayan podido haber entrado en el santuario de los Pitris.

«Que con tierra, agua y fuego, y tres insuflaciones sobre estas materias, componga un nuevo cuerpo para él mismo y forme, con una parte de éste, un cuerpo al espíritu que quiere evocar para el sacrificio.

«Se comprime entonces la fosa nasal derecha con el pulgar, pronunciando diez y seis veces el monosílabo *¡ Djom !*, y aspirando fuertemente

el aire por la fosa nasal izquierda, disgrega poco a poco las partículas de que está formado su cuerpo.

«Con el pulgar y el índice aprieta las dos fosas nasales, pronunciando seis veces la palabra *¡Rom!* Cesa de respirar, y llama el fuego en su auxilio, para dispersar su cuerpo.

«Que pronuncie treinta y dos veces la palabra *¡Lom!*, y su alma se escapa de su cuerpo, y su cuerpo desaparece, y el alma del espíritu evocado viene a animar el nuevo cuerpo que él ha preparado...

«Su alma entra entonces en su cuerpo, cuyas partes sutiles se han agregado de nuevo, después de haber formado un cuerpo aéreo al espíritu que ha evocado.

«Pronunciando tres veces la palabra sagrada *Aum* y nueve veces la sílaba mágica *Djom*, que imponga las manos sobre la lámpara, y arrojando una pulgarada de incienso sobre la llama, que diga:

«Sublime Pitri, ilustre penitente narada, al que yo he evocado y a quien he formado un cuerpo sutil con las partículas esenciales del mismo, ¿estáis ahí? Apareced en la humareda del incienso, venid a asistir a los sacrificios que ofrezco a los manes de los antepasados.»

«Cuando ha recibido una respuesta conveniente y el cuerpo aéreo del espíritu ha aparecido en la humareda del incienso, que proceda a las abluciones y a los sacrificios, según la forma prescrita.

«Ofrecido el sacrificio, converse con las almas de los antepasados, hablando con ellas de los misterios del *Sér* y de las trasformaciones del *Imperecedero*.

«Después de haber apagado su lámpara, que asista, en el silencio y la oscuridad, a la conversación de los espíritus entre sí y a las manifestaciones por las cuales revelan su presencia.

«Luego, volviendo a encender su lámpara, devuelva la libertad a los espíritus maléficos encerrados en los círculos mágicos, y abandone el asilo de los Pitris. Entonces, le está permitido ir a comer.

«Así que haya terminado, que se lave las manos, que se enjuague doce veces la boca y coma nueve hojas de bacilic, para lograr una fácil digestión.

«Debe distribuir betel y nueces de areca a los pobres que ha invitado a su mesa, y después de haberlos despedido, se entrega, durante algún tiempo, a la lectura de los libros sagrados.

«Terminada la lectura, le está permitido tomar betel, ir a sus asuntos, visitar a sus amigos, pero que tenga cuidado, durante los instantes de su vida pública, de no desear nunca los bienes, o la mujer de otro.

«A la puesta del sol, volverá al río para ejecutar las mismas ceremonias de ablución que por la mañana.

«Cuando entre en su casa, debe hacer de nuevo la oblación al fuego y recitar los mil nombres del Hary-Smarana, o letanías de Visnú.

«Que se dirija entonces al templo para escuchar las lecciones que da a los grihastas y a los purohitas (iniciados del primer grado) el gurú superior.

«Jamás entre en él con las manos vacías, debiendo llevar, en presente, bien aceite para la lámpara, bien cocos, bananas, alcanfor, incienso, sándalo, de que se componen los sacrificios; si es pobre, que de un poco de betel.

«Antes de entrar en el templo, dé tres veces la vuelta a él, y haga, delante de la puerta, el Schaktanga, o prosternación de los seis miembros.

«Después de haber oído las lecciones y asistido a las evocaciones de los pitris con los demás miembros de su orden, que haga sus devociones y entre en su casa, evitando todo contacto impuro, para tomar la comida de la noche, después de lo cual deberá acostarse inmediatamente.

«Que nunca pase la noche en los lugares consagrados a los espíritus, y que en viaje, se guarde de establecer su lecho bajo la sombra de un árbol, en un campo labrado y húmedo, o en las cercanías de un cementerio.

«Al acostarse, que ofrezca sus adoraciones a la diosa Trimurti y recite la invocación a los espíritus, llamada kalassa, que es agradable a Siva.

¡Kalassa!

«Que el espíritu Bahirav preserve mi cabeza de todo accidente; el espíritu Bichava, la frente; el espíritu Buta-Carma, las orejas; el espíritu Preta-Bahava, la cara; los espíritus Datys, dotados de una fuerza inmensa, los hombros; Kalapamy, las manos; Chanta, el pecho, Kétrica, el vientre; Pattu, los órganos de la generación; Katrapala, los costados; Kebraya, la boca; Chidda-pattu, los tobillos, y el espíritu superior Yama, el cuerpo entero. Que el fuego, que es la esencia de la vida de los dioses, me libre de todo mal en cualquier lugar que me encuentre. Que las mujeres de los espíritus nombrados velen por mis hijos, mis vacas, mis caballos y mis elefantes;

Que Visnú vele por mi país;
Que el Dios que todo lo ve, vele por mi familia, vele por todas las cosas, y vele también por mí, cuando me encuentre en lugares que no estén bajo la guardia de ninguna divinidad.»

«Por último, que termine con la invocación a Brahma, señor de todas las criaturas.

Invocación a Brahma

«¡Oh, Brahma! ¿Cuál es el misterio que se renueva cada noche, después de las tareas de la jornada, cuando el hombre vuelve de los campos, se han recogido los rebaños y la comida de la noche ha terminado?

«He aquí que cada uno se acuesta sobre su estera, se cierran sus ojos, el cuerpo entero yace inerte, y el alma se escapa de él, para ir a conversar con las almas de los antepasados.

«Vela por ella, Brahma, cuando, dejando el cuerpo que descansa, flota sobre las aguas, vaga por la inmensidad de los cielos, o penetra en los sombríos y misteriosos reductos de los grandes valles y de los grandes bosques del Hymavat.

«¡Oh, Brahma! Dios todopoderoso que te haces obedecer de las tempestades, Dios de la

luz y de las tinieblas, haz que mi alma, en su carrera errante, no olvide por la mañana volver a animar mi cuerpo y unirme a tu recuerdo.»

«Que se extienda sobre la estera y se duerma; los espíritus bienhechores velan por su descanso.»

(*Agruchada Parikchai*)

CAPITULO VI

DEL PRIMER GRADO DE INICIACION

(Continuación)

Sandias de la mañana, del mediodía y de la noche

Traducido del *Agruchada Parikchai*

Cuando han pasado diez años en el primer grado de iniciación y queda todavía por trascurrir un lapso de tiempo igual para que grihastas y purohitas lleguen a sannyassis y vanaprasthas, es decir, alcancen su segundo grado de iniciación, deben añadirse numerosas plegarias a las abluciones de la mañana, del mediodía y de la noche.

Llegado a este período de su vida, el iniciado ya no se pertenece; pasa casi todo su

tiempo en oraciones y ayunos, en mortificaciones de todas clases; una parte de sus noches está destinada a las ceremonias de evocación en el templo, bajo la dirección de los gurúes superiores; no come más que una vez por día, después de ponerse el sol; todas las fuerzas *ocultas* entran en acción para modificar su organización fisiológica y dar una dirección especial a sus fuerzas. Pocos son los bracmanes que llegan a la segunda clase de iniciados, pues los misteriosos y terribles fenómenos que es preciso producir exigen poner en juego fuerzas *sobrenaturales*, a las cuales sólo un corto número de ellos consigue dominar.

La mayoría de los bracmanes no pasan, pues, jamás de la categoría de los grihastas y de los purohitas. No obstante, veremos, cuando hayamos terminado las oraciones y fórmulas exteriores destinadas a domar la inteligencia por la repetición cotidiana de los mismos actos; cuando abordemos el estudio de las manifestaciones y fenómenos que estos iniciados del primer grado se atribuyen y poseen en apariencia, veremos cómo se desarrollan sus facultades a un punto jamás igualado en Europa.

En cuanto a los de la segunda y tercera categoría, tienen la pretensión de no conocer tiempo ni espacio, y de gobernar la vida y la muerte.

He aquí las oraciones que, en el segundo período de diez años del primer grado de iniciación, se añaden a las ceremonias e invocaciones ya impuestas, como actos de una disciplina intelectual encaminados a impedir que el

individuo permanezca un solo instante bajo la influencia de sus propios pensamientos.

Las invocaciones que siguen se hallan, con débiles variantes, en todos los dialectos de la India, y son igualmente reivindicadas por las diferentes sectas religiosas. Estas invocaciones están de acuerdo con el rito del *Yadjur Veda*.

Sandia de la mañana

«Después de diez años y durante otros diez, el bracmán grihasta, si se siente con fuerza, para alcanzar lo *imperecedero*, recita en las abluciones de la mañana las siguientes oraciones, que debe añadir a las ya ordenadas.

«Comience todos sus ejercicios por la siguiente invocación:

Apavitraha, pavitraha sarva vastam
Gatopiva yasmaret punkarikakcham
Sabahiabhiam tara suchihy.

«El hombre que está impuro, o que se encuentra en una situación peligrosa, cualquiera que sea, no tiene que hacer más que invocar a aquel que tiene los ojos color de loto, para quedar puro por dentro y por fuera, y ser salvado.

«Que continúe con la invocación del agua.

Invocación al agua

«Agua consagrada por los cinco perfumes y la oración, tú eres pura, ya provengas del mar, de los ríos, de los estanques, o de los pozos. Purifica mi cuerpo de toda mancha.

«Lo mismo que un viajero fatigado por el calor encuentra alivio a la sombra de un árbol, pueda yo encontrar en ti, agua sagrada, el alivio de mis males y la purificación de mis pecados.

«Agua consagrada, tú eres la esencia del sacrificio, el germen de la vida; en tu seno brotan todos los gérmenes y se han formado todos los seres.

«Te invoco con la misma confianza con que un niño, a la vista de un peligro, se lanza en los brazos de una madre que le ama tiernamente. Purifícame de mis faltas y purifica en mí a todos los hombres.

«Agua consagrada en el tiempo del pralaya-chao, Brahma, la suprema sabiduría, Swayambhuva, el sér existente por sus solas fuerzas, existía bajo tu forma. Tú estabas confundido en él.

«De pronto, apareció sobre las ondas inmensas que surcan el infinito y creó una forma para

revelarse y separó la tierra de las aguas, las cuales, reunidas en un solo lugar, formaron el vasto Océano.

«El Sér no revelado, Brahma, que descansaba en la onda del éter inmenso, tomó de su propia sustancia la trimurti de las tres caras que creó el cielo y la tierra, el aire y los mundos inferiores.»

«Al terminar, que derrame sobre su cabeza, con tres ramitas de la hierba sagrada darba, algunas gotas de agua.

«Aquel que por la mañana dirija esta invocación al agua y se penetre bien de su *sentido místico,* alcanza un grado eminente de santidad.

«Uniendo en seguida las manos, que diga: «¡Oh, Visnú! Ejecuto todo esto para conservar la dignidad del grihasta».

«Que reflexione en los mundos superiores e inferiores, en los espíritus que lo habitan, en los espíritus del fuego, del viento, del sol, y en todos los espíritus de la tierra.

«Poniendo en seguida la mano sobre la cabeza, que llame a su recuerdo todos los nombres de Brahma, y cerrando los ojos y comprimiendo las ventanas de su nariz, que haga la invocación a este Dios en la siguiente forma:

«Venid, Brahma, descended sobre mi pecho.»

«Que se represente entonces a este Dios supremo como no habiendo tenido nunca principio, poseyendo todas las ciencias, como el gurú, y eterna esencia de todas las cosas.

«Y que diga: «¡Salud, Brahma! A vos que sois la esencia de todo lo que existe, del agua, del fuego, del aire, del Eter, del espacio y del Infinito, a vos os ofrezco mis adoraciones».

«Que evoque entonces a Visnú, y se lo represente saliendo del seno de las aguas, en medio de una flor de loto.

«Que evoque a Siva, diciendo: «Vos que destruís y trasformáis todo lo que existe, destruíd y trasformad todo lo que haya de impuro en mí».

«El grihasta dirige entonces al sol la oración siguiente:

Invocación al sol

«Sol, vuestro fuego lo purifica todo, sois el espíritu de la plegaria; purificadme de todas las faltas que haya podido cometer al orar y al sacrificar; de todas aquellas que haya cometido por la noche con el pensamiento, con la palabra o con la acción; de todas aquellas que

haya cometido contra mi prójimo con calumnias, falsos testimonios, o deseando la mujer de otro, comiendo manjares prohibidos, o en horas vedadas, o comunicándome con hombres viles; purifícame, en fin, de todas las manchas que hayan podido alcanzarme, sea de noche o de día.

«Sol, el fuego nace de vos *y de vos reciben los espíritus las partículas sutiles* que concurren a formar su cuerpo aéreo.

«Que trace alrededor de sí los círculos mágicos que impiden que se acerquen los malos espíritus.

«Luego, dirigiéndose a la inmortal diosa Nari—figura emblemática de la Naturaleza, en la mitología hindú,—que se exprese en estos términos:

«Ilustre diosa, os dirijo mis homenajes; haced que, despojándome de esta envoltura perecedera, pueda elevarme hasta las esferas superiores.

«Colocando entonces sus dos manos por encima de su vaso de cobre lleno de agua, evoque al hijo de Kasiappa, o a cualquier otro sabio de los tiempos pasados, invitándole a escuchar las alabanzas que dirige a Nari y a recitarlas con él.

«Y cuando haya aparecido el espíritu, que

recite en alta voz las palabras siguientes, en honor de la madre universal.

Invocación a Nari

«Divina esposa de aquel que se mueve sobre las aguas, preservadme durante el día, preservadme durante la noche.

«Vos sois de una naturaleza espiritual.
«Sois la luz por excelencia.
«No estáis sujeta a las pasiones de los hombres.
«Sois eterna.
«Sois todopoderosa.
«Sois la pureza misma.
«Sois el refugio de los hombres.
«Sois su salvación.
«Sois el saber.
«Sois la esencia de la sagrada escritura.
«El Universo se sostiene por vuestra incesante fecundación.
«Sois la forma de la evocación.
«Sois la plegaria.
«A vos deben dirigirse todos los sacrificios.
«Sois la dispensadora de todos los bienes.
«Todo está en vuestras manos: Alegría, dolor, temor y esperanza.
«Estáis presente en los tres mundos.
«Tenéis tres formas.
«El número tres hace vuestra esencia.

«Nari, virgen inmortal.
«Brahmy, madre universal.
«Hyranya, matriz de oro.
«Paramatma, alma de todos los seres.
«Sakty, reina del Universo.
«Lakmy, luz celeste.
«Mariama, fecundidad perpetua.
«Agasa, flúido puro.
«Ahancara, conciencia suprema.
«Conya, casta virgen.
«Tanmatra, reunión de los cinco elementos: el aire, el fuego, el agua, la tierra y el éter.
«Trigana, virtud, riqueza, amor.
«Canyabava, virginidad eterna.»

«Que haga juramento de recitar al menos tres veces al día esta sublime invocación, fuente de toda vida y de toda trasformación.

Sandia del mediodía

«Que repita las mismas plegarias después de las abluciones de mediodía y que haga la evocación de los espíritus por el agua.

Sandia de medianoche

«Después de haber ofrecido el sacrificio al fuego, que evoque en la humareda del incienso a los espíritus de la noche, diciéndoles:

«Espíritus de las aguas.
«Espíritus de los bosques.
«Espíritus de los caminos desiertos.
«Espíritus de las encrucijadas.
«Espíritus de las llanuras de arena.
«Espíritus de las selvas.
«Espíritus de las montañas.
«Espíritus de los lugares funerarios.
«Espíritus del mar.
«Espíritus del viento.
«Espíritus de las tempestades.
«Espíritus destructores.
«Espíritus engañosos.
«Espíritus de los desiertos salados.
«Espíritus del Oriente.
«Espíritus del Poniente.
«Espíritus del Norte.
«Espíritus del Sur.
«Espíritus de las tinieblas.
«Espíritus de los abismos insondables.
«Espíritus del cielo.
«Espíritus de la tierra.
«Espíritus de los infiernos.
«Venid, todos, escuchad, y acordaos de estas palabras.

«Proteged a los viajeros, a las caravanas, a todos los hombres que trabajan, a los que sufren, a los que oran, a los que descansan; a todos aquellos que en el silencio de las noches llevan los muertos a la hoguera; a los que recorren los desiertos, los bosques, el mar inmenso.

«¡Espíritus! ¡Venid todos! ¡Oíd! Acordaos de estas palabras y proteged a todos los hombres.»

(*Agruchada Parikchai*).

CAPITULO VII

DEL SEGUNDO GRADO DE INICIACION

Después de haber pasado veinte años de su vida en el primer grado, macerando su cuerpo por el ayuno y las privaciones de todas clases, domando su inteligencia por las oraciones, las invocaciones y los sacrificios, el iniciado está colocado en una de las tres categorías siguientes:

Grihasta.—Es jefe de familia hasta el fin de sus días, vive en el mundo, se ocupa en sus asuntos; y de todo lo que se le ha enseñado, no conserva más que el poder de evocación de los espíritus domésticos, es decir, pertenecientes a su árbol genealógico, con los cuales tiene el derecho de comunicar en el santuario que debe reservarles en su casa.

Purohita.—Llega a ser sacerdote del culto vulgar, asiste a todas las ceremonias, a todas las fiestas de familia, en los templos y en las moradas particulares. Todos los fenómenos de

posesión son de su competencia. Es el gran exorcista de las pagodas.

Fakir.—Llega a encantador, y a partir de este momento, todo su tiempo deberá ser empleado en concentrar en los fenómenos producidos en público todas las manifestaciones de las potencias ocultas.

Grihastas, purohitas y fakires no alcanzarán jamás el segundo grado de iniciación. Una vez terminados sus estudios, excepto las fakires, que están en comunicación constante con los iniciados superiores, para aumentar su potencia magnética y flúidica, no asisten ya, en el interior de los templos, a la enseñanza de los misterios.

Sólo un corto número entre aquellos que se han distinguido en los estudios de primer grado, franquea las terribles barreras de la iniciación superior del segundo, y alcanza la dignidad de sannyassi, o cenobita.

El sannyassi no vive más que en el templo, y apenas si se le ve, en las ocasiones solemnes, cuando se trata de herir la imaginación de la muchedumbre con fenómenos de un orden superior.

El *Agruchada Parikchai* nada dice del método de entrenamiento que sufre; las fórmulas de evocación y las plegarias no fueron nunca escritas, y se enseñan en voz baja en las criptas subterráneas de las pagodas.

No podemos, pues, estudiar el segundo grado de iniciación más que por los fenómenos reproducidos por los sannyassis, de los cuales da la nomenclatura el segundo libro del *Agruchada.*

CAPITULO VIII

Del tercer grado de iniciacion

Solamente después de un nuevo período de veinte años pasados en el estudio de las ciencias y de las manifestaciones ocultas, llega el sannyassi a ser sannyassi-nirvany, o cenobita desnudo, así llamado, porque no debía llevar vestidos, lo cual indica que había roto hasta los últimos lazos que le ligaban a la tierra. El *Libro de los Pitris*, o espíritus, que nos guía en estas investigaciones, no contiene ninguna explicación accesible al profano de las misteriosas ocupaciones a las cuales se entregan los sannyassis-nirvanys, o iniciados del tercer grado. El capítulo consagrado a este tema, se limita a inscribir en dos triángulos las palabras mágicas siguientes, de las cuales es imposible obtener explicación de los bracmanes.

L'OM — SHO'RHIM

L'RHOM-SH'HRUM — RAMAYA-NAMAHA

Pero podemos estudiar la iniciación suprema en sus doctrinas filosóficas sobre Dios y el hombre. Los fenómenos ejecutados por los nirvanys no se relatan en el *Libro de los Espíritus*.

Se reduce a muy poca cosa lo que de las conversaciones particulares con los purohitas hemos podido descubrir sobre la secreta actuación de sus superiores,

Parece que viven en un perpetuo estado de éxtasis y de contemplación, privándose del sueño tanto como pueden y no tomando alimento más que una vez cada siete días, después de la puesta del sol.

Jamás se les ve ni en los alrededores ni en el interior de los templos, excepto en la gran fiesta quinquenal del fuego. Ese día aparecen, en medio de la noche, sobre un estrado levantado en el centro del estanque sagrado, semejantes a espectros, y por sus conjuros se ilumina el espacio. Una columna de luz parece elevarse en torno suyo, subiendo de la tierra al cielo.

Rumores desconocidos atraviesan el aire, y cinco o seis mil hindúes, llegados de todos los puntos de la India para contemplar a estos semidioses, se arrojan cara al suelo, invocando las almas de sus antepasados.

CAPITULO IX

DEL GRAN CONSEJO DE LOS INICIADOS

Nos limitamos a dar los versículos del *Agruchada Parikchai* que trata de este Consejo Supremo.

«Que setenta bracmanes que hayan pasado de los setenta años sean elegidos entre los nirvanys para velar por que la ley del loto (ciencias ocultas) no pueda jamás ser revelada al vulgo, y para que ningún adepto indigno pueda mancillar las clases santas de los iniciados.

«Nadie puede ser elegido, si no ha practicado toda su vida las diez virtudes en las cuales el divino Manú hace consistir el deber.

«La resignación, la acción del devolver bien por mal, la temperancia, la probidad, la pureza, la castidad, la represión de los sentidos, el conocimiento de la Sagrada Escritura, el del Al-

ma suprema, el culto de la verdad, y la abstinencia de la cólera, son las reglas que deben dirigir la conducta de un verdadero nirvany.

«Que él, que está llamado a dirigir a los demás, se someta a todos los preceptos de los libros santos.

«Que no desee la muerte (1), que no desee la vida; lo mismo que un segador, llegada la noche, espera penosamente su salario a la puerta del dueño, espera que llegue el momento.

«Que purifique sus pasos, mirando donde pone el pie; que purifique el agua que debe beber, a fin de no dar la muerte a ningún animal; que purifique sus palabras por la verdad; que purifique su alma por la virtud.

«Que soporte con paciencia, sin devolverlas jamás, las malas palabras, las injurias y los golpes; que se guarde, sobre todo, de conservar el rencor, sea por lo que sea, a propósito de este miserable cuerpo.

«Meditando sobre las delicias del alma suprema, no teniendo necesidad de nada, inaccesible a todos los deseos de los sentidos, sin otra sociedad que su alma y el pensamiento de Dios, que viva aquí abajo en la espeıa constante de la beatitud eterna.

---

(1) Manú.

«Que no acuda jamás a los lugares frecuentados por los grihastas y purohitas (iniciados del primer grado, que todavía no han renunciado enteramente al mundo).

«Que huya de todas las reuniones, incluso de aquellas a las que no asisten más que bracmanes; que se guarde, por su salvación eterna, de dirigirse a los sitios en que se atormentan pájaros y perros.

«Un plato de madera, una calabaza, un pote de barro y una cesta de bambú, son los únicos utensilios puros que autoriza Manú; nada debe conservar en metal precioso.

«Que reflexione que el *Espíritu vital*, al salir del Gran Todo, sufre diez mil millones de trasformaciones antes de revestir la forma humana.

«Que observe cuáles son los males incalculables que resultan de la iniquidad y las grandes alegrías que nacen de la práctica de la virtud.

«Que oriente sin cesar su espíritu hacia las perfecciones de la esencia indivisible Paramätma—la gran alma,—que está presente en todos los cuerpos, lo mismo en los más bajos que en los más altos.

«Que no olvide que un átomo es la representación exacta del Gran Todo.

«Que el nirvany expíe sus faltas por él recogimiento, la meditación, la represión de todo deseo sensual y las austeridades meritorias; que destruya en él todas las imperfecciones opuestas a la naturaleza divina.»

Tal es la regla de conducta impuesta a los sannyassis-nirvanys que aspiran a formar parte del Consejo Supremo. Este Consejo posee los poderes disciplinarios más extensos, para impedir la divulgación de los misterios de la iniciación.

He aquí las penas terribles que puede aplicar:

«Todo iniciado, a cualquier grado que pertenezca, que revele la *gran fórmula sagrada* debe sufrir la muerte.

«Todo iniciado al tercer grado que revele antes de tiempo a los iniciados del segundo grado las verdades superiores, debe sufrir la muerte.

«Todo iniciado del segundo grado que haga lo mismo con los iniciados del primer grado, queda declarado impuro durante un período de siete años, y trascurrido este período, es arrojado a la clase inferior (el primer grado).

«Todo iniciado del primer grado que entregue los secretos de su iniciación a los miembros de las otras castas, para los cuales la ciencia debe ser un *libro cerrado,* debe ser privado de la vista, y después que le han cortado la lengua y las manos, a fin de que no abuse de lo que ha aprendido, será arrojado del templo y de su casta.

«Todo hombre de las tres castas que logre introducirse en los asilos secretos y sorprender las fórmulas de evocación, debe ser entregado al fuego.

«Si se trata de una mujer virgen, se la encerrará en el templo y será consagrada al culto del fuego.»

(*Agruchada Parikchai*).

Además de sus atribuciones como tribunal de iniciación, este Consejo de ancianos tenía también la misión de administrar los bienes de la pagoda, de proveer a las necesidades de todos los miembros de las tres clases, que vivían en completa comunidad, y de dirigir en sus peregrinaciones a los fakires encargados de las manifestaciones exteriores del poder oculto.

El brahmatma, cuya elección les pertenecía, no podía ser nombrado más que de su seno.

CAPITULO X

De la eleccion del brahmatma

Poco podemos añadir a lo que ya hemos dicho de este jefe religioso.

No podía ser elegido más que entre los raros iniciados que habían hecho voto de castidad, miembros del Consejo superior.

Se comprenderá el peligro de semejante voto, cuando se sepa que todo bracmán que comenzaba la iniciación pronunciándolo, debía forzosamente alcanzar la dignidad de yogui, si no quería recomenzar en la tierra una serie de nuevas trasmigraciones. No habiendo pagado la *deuda de los antepasados* por el nacimiento de un hijo que hubiese podido continuar la cadena genealógica y oficiar en sus funerales, estaba obligado a volver después de su muerte para cumplir este sagrado deber.

Los yoguis, o miembros del Consejo de los Setenta, en razón al grado de santidad alcanzado, no tenían que sufrir nuevas trasfiguraciones en la tierra; podían, pues, indiferentemente, haber sido jefes de familia o haberse conservado tan castos como los novicios. Pero con respecto al pequeño número de admitidos en esta especie de sanhedrín, el bracmán qué al terminar su noviciado pronunciaba el *terrible voto*, como lo llama el *Libro de los Espíritus*, se exponía a recomenzar una serie de existencias nuevas, desde la mónada primera al hombre, que es, por ahora, la expresión más perfecta de la forma vital. Si el brahmatma no podía ser elegido más que entre los yoguis que habían hecho voto de castidad, no era a causa del presunto estado de santidad que le procuraba este voto, puesto que, apenas nombrado, y aunque contaba ochenta años de edad, debía, para que la elección fuese considerada válida, demostrar su virilidad con una de las jóvenes vírgenes de la pagoda, que se le daba por esposa.

Los niños varones que nacían de esta unión eran depositados sobre una cesta de mimbres que se abandonaba a la corriente de un río; si el agua lo llevaba a la orilla, era conducido al templo, donde era considerado desde aquel momento como un iniciado del tercer grado; todavía en la más tierna infancia, le eran confiados los mentrams secretos—fórmulas de las evocaciones.—Si, por el contrario, la cesta seguía el curso de la corriente, el niño era confiado a personas pertenecientes a la casta de los parias para que lo criasen.

No hemos podido descubrir los motivos de esta

singular costumbre. Estudiando estas antiguas prácticas y comparándolas con las castas sacerdotales de Egipto, que tienen tanta relación con las de los templos de la India, frecuentemente nos hemos hecho las siguientes preguntas, que, como simples hipótesis, presentamos a nuestros lectores:

¿No sería Moisés, jefe de la revolución hebrea, hijo del gran pontífice de Egipto, jefe de los iniciados, y no habría sido llevado al templo por haberle empujado a la orilla las ondas del Nilo?

Su hermano Aarón, abandonado, por el contrario, entre la casta servil, ¿no sufriría esta suerte porque, expuesto de igual manera en el río, siguiera su corriente sin alcanzar la orilla...?

¿No se podría buscar los motivos que impulsaron a Moisés a dejar la casta sacerdotal, en la amistad de los dos hermanos, informados más tarde de su común origen, para ponerse a la cabeza de los esclavos egipcios y conducirlos a través del desierto a la conquista de esa tierra de promisión que todos los parias, todos los ilotas, todos los desheredados, han entrevisto siempre en sus sueños, pensando hallar en ella la paz, el sol, la libertad?

No hay en esto, repetimos, más que una hipótesis.

Quién sabe si las ciencias etnográficas, tan brillantemente inauguradas en la segunda mitad del siglo XIX, no harán de esto, mañana, una verdad...

CAPITULO XI

Los yoguis

Antes de entrar de lleno en la doctrina de los pitris, debemos decir algunas palabras acerca de los yoguis.

La condición de yogui, a la cual llega el iniciado del tercer grado, miembro del Consejo de los ancianos, que se ha abstenido del comercio carnal, es, dice el *Libro de los Espíritus,* un estado tan sublime, que procura, a sus adeptos, durante su vida, más méritos que el común de los hombres podría adquirir durante diez millones de generaciones y de trasmigraciones nuevas.

El yogui es tan superior a todos los iniciados del orden más elevado, como los espíritus son superiores a los hombres.

«La determinación de un bracmán, dice el *Agruchada Parikchai,* de pronunciar el voto de castidad, no debe ser sugerida por un im-

pulso de despecho, o por un entusiasmo pasajero. Su vocación debe ser el resultado de un examen maduramente reflexionado, y tener por móvil, no la ambición de elevarse a las altas dignidades, sino el disgusto del mundo y de sus placeres, y un ardiente deseo de llegar a la perfección.

«Debe sentirse capaz de un desprendimiento absoluto de todos los bienes terrestres. Si alimentase todavía en su corazón la menor afición por esos bienes que los demás hombres buscan con tanto apresuramiento, sería bastante para hacerle perder todo el fruto de su penitencia.»

Cuando el brahmatchary que acaba de terminar su noviciado ha reflexionado bien sobre el partido que quiere tomar, se presenta en la asamblea de los iniciados, hace conocer su resolución y suplica a los ancianos que procedan en las formas y con el ceremonial de ritual a la recepción de los votos solemnes que quiere pronunciar.

El día indicado para este importante acto, el candidato se purifica primeramente por medio de abluciones. Se provee de diez piezas de tela propia para cubrir los hombros; cuatro de dichas telas deben ser para su uso personal; las seis restantes deben ser dadas en presente a los purohitas oficiantes. El gurú en jefe, que preside la ceremonia, le entrega un bastón de bambú que tiene siete nudos, flores de loto y polvo de sándalo, y le comunica al oído ciertos *mentrams de evocación* que forman parte de su nueva condición. Este bastón no sirve

para ayudarse en la marcha; es la varita mágica de la *adivinación* y de los *fenómenos ocultos*.

(Involuntariamente se piensa en la vara de Moisés, de Aarón, de Elíseo y de todos los profetas; en el bastón augural, en el bastón de siete nudos de los faunos, de los silvanos y de los cínicos).

«Terminada la ceremonia, el yogui empuña su bastón mágico, una calabaza para beber, una piel de gacela que le servirá de lecho, objetos que deben componer todos sus bienes y que no debe dejar nunca (es el *omnia mecumporto* de los estoicos), y se va, repitiendo las fórmulas de conjuros mágicos que el gurú superior acaba de enseñarle.»

Además de las abluciones, ceremonias y oraciones a las cuales está sometido como todos los iniciados, debe cumplir las prescripciones siguientes:

«Cada mañana, después de sus abluciones, debe frotarse todo el cuerpo con cenizas; los otros iniciados no se frotan más que la frente (el cristianismo ha conservado el recuerdo simbólico de esta ceremonia: *homo pulvis* etc.).

«No debe comer cada día, después de la puesta del sol, más que la cantidad de arroz que cabe en el hueco de la mano.

«Debe renunciar al uso del betel.

«Debe evitar la compañía de las mujeres, e incluso mirarlas.

«Una vez al mes se hará afeitar la cabeza y la cara.

«No podrá llevar más que sandalias de madera.

«No debe vivir más que de limosna.

«Aunque un yogui, dice la obra que nos sirve de guía, tenga el derecho de pedir limosna, es más conveniente que la reciba sin pedirla; en consecuencia, cuando tenga hambre se presentará entre la gente, sin decir nada, sin exponer sus necesidades. Si se le da algo de buena voluntad, lo recibirá con aire indiferente y sin dar las gracias; si no se le da nada, se retirará sin enojarse, ni demostrar descontento; tampoco se quejará, si lo que se le ha dado es de mal gusto.

«No se sentará nunca para comer.

«Se edificará un retiro cerca de un río, o de un estanque, para la facilidad de sus abluciones.

«Viajando, no residirá en ninguna parte y no hará más que atravesar los lugares habitados.

«Mirará a todos los hombres de igual manera, se colocará por encima de los acontecimientos, y verá con la más perfecta indiferencia las diversas revoluciones que agitan el mundo y conmueven los imperios.

«Su único deseo será adquirir el espíritu de sabiduría y el grado de espiritualidad que deben a la postre reunirle con la divinidad, lejos de la cual nos impulsan las criaturas y las pasiones. Para lograr este fin, debe ejercer un dominio absoluto sobre sus sentidos, y subyugar

por completo la cólera, la envidia, la avaricia, la lujuria y todos los movimientos desordenados del alma, sin lo cual no producirían ningún fruto su voto ni sus mortificaciones.»

Cada noche, el yogui se dirige a la pagoda, sin abandonar su bastón mágico, su calabaza y su piel de gacela, y allí, después de haber pasado en las más espesas tinieblas varias horas entregado a la contemplación, esforzándose en acostumbrar su alma a libertarse de su cuerpo para ir a conversar con los pitris en los espacios infinitos, termina su noche en el estudio de las manifestaciones y conjuros que le enseñan los gurúes superiores.

Cuando a los ochenta años el azar o su santidad le designa a los sufragios de los iniciados para el puesto de brahmatma, vuelve a la vida, por así decirlo, y pasa sus últimos días entre el lujo más extravagante y el abuso de todos los goces.

Hemos oído decir a los bracmanes, sin haber podido comprobar sus aserciones, que la larga vida ascética de los yoguis les conserva a menudo, en la más extrema ancianidad, todas las facultades viriles de la edad madura, y que no es raro ver brahmatmas, pasando en mucho de un siglo, dejar tras sí una numerosa posteridad.

Con estas nociones sumarísimas, terminamos la explicación de las diferentes clases de iniciados.

Una palabra todavía sobre los siete nudos del bastón del yogui.

El número siete es fatídico en la India. Pue

de juzgarse de la profunda veneración que los bracmanes le profesan, por el gran número de objetos y de lugares, regidos por dicha cifra, a los que conceden una potencia mágica extraordinaria:

Sapta-Richis: los siete sabios de la India.
Sapta-Pura: las siete ciudades celestes.
Sapta-Duipa: las siete islas santas.
Sapta-Samudra: los siete mares.
Sapta-Nady: los siete ríos sagrados.
Sapta-Parvata: las siete montañas santas.
Sapta-Arania: los siete desiertos sagrados.
Sapta-Vrukcha: los siete árboles celestes.
Sapta-Cula: las siete castas.
Sapta-Loca: los siete mundos superiores e inferiores, etc.

Según los bracmanes, el número siete encierra en su sentido místico una representación alegórica del dios irrevelado, de la tríada inicial y de la tríada manifestada.

ZYAUS

Dios irrevelado

Germen inmortal de todo lo que existe

TRIADA INICIAL

Nara-Nari-Viradj

Zyaus, habiendo dividido su cuerpo en dos partes, macho y hembra, Nara y Nari, produjo Viradj, el verbo, el creador.

TRIADA MANIFESTADA

Brahma-Visnú-Siva

La tríada inicial, puramente creadora, se trasformó en tríada manifestada, una vez que el Universo hubo salido del caos, para crear perpetuamente, conservar eternamente y consumir sin cesar.

Como señal indudable del mismo origen, recordamos que los judíos también concedieron un sentido misterioso al número siete.

Según la Biblia:

El mundo fué creado en siete días.

Las tierras deben descansar cada siete años.

El año del jubileo sabático vuelve cada siete veces siete años.

La gran lámpara del templo tiene siete brazos, cuyas siete luces representan los siete planetas.

Siete sacerdotes hacen resonar siete trompetas durante siete días alrededor de Jericó, y las murallas de esta ciudad se derrumban al séptimo día, después que el ejército israelita dió la séptima vuelta.

En el Apocalipsis de Juan se encuentran:

Las siete iglesias;
los siete candelabros;
las siete estrellas;

las siete lámparas;
los siete sellos;
los siete ángeles;
las siete flautas;
las siete plagas.

El profeta Isaías, queriendo dar una idea del resplandor de aurora que rodea a Jehová, dice:

Que es siete veces más grande que la luz del sol y semejante a la luz de siete días reunidos.

SEGUNDA PARTE

Los iniciados de la India

Para los diez pradjapatis (señores de las criaturas), que son Maritchi-Atri-Augiras-Pulastya-Pulaha-Cratú-Pratchetas-Vasichta-Brigú y Narada, no hay principio ni fin, ni tiempo, ni espacio, porque proceden de la esencia única del espiritu uno y del aliento único. Esto es un secreto que produce la muerte; cierra tu boca, a fin de que no sea revelado al vulgo; comprime tu cerebro, a fin de que nada se trasluzca fuera...

AGRUCHADA PARIKCHAI
(El Libro de los Espíritus)

CAPITULO PRIMERO

Grado de santidad que deben alcanzar los iniciados antes de recibir la formula suprema y el secreto que causa la muerte

Para lograr la mayor claridad posible en esta exposición, delimitemos bien los atributos de las diferentes clases de iniciados.

Resulta de los estudios que acabamos de hacer:

1.º Que los iniciados del primer grado están sometidos a un tratamiento que tiene por objeto domar su voluntad y su inteligencia, y por el ayuno, las maceraciones, las privaciones de todo género, y violentos ejercicios, cambiar, por así decirlo, la dirección de sus fuerzas fisiológicas. Esta clase de bracmanes no se elevan nunca más allá de las manifestaciones exteriores del poder oculto.

2.º Que los iniciados del segundo grado no dan más que un paso adelante en la vía de la

evocación de los fenómenos, y aun resumiendo en sí la expresión más elevada del poder manifestado, no alcanzan la iniciación filosófica.

3.º Que únicamente los iniciados del tercer grado, sannyassis-nirvanys y yoguis, levantan el velo de las fórmulas que ocultan las altas especulaciones metafísicas.

El principal deber de esta clase de hombres es llegar al completo olvido de las cosas de este mundo.

Los sabios de la India comparan las pasiones a las espesas nubes que, hasta que se disipan, ocultan la vista del sol y oscurecen el resplandor de su luz; a un viento violento que agitando la superficie del agua le impide reflejar los esplendores de la bóveda celeste; a la envoltura de las crisálidas, que las priva de libertad; a la cáscara de ciertos frutos que impide que sus perfumes se esparzan fuera de ella.

Sin embargo, añaden, la crisálida roe su envoltura, se abre un paso y vuela en el espacio, conquistando el aire, la luz y la libertad.

«Lo mismo sucede con el alma, dice el *Agruchada*. Su prisión en el cuerpo, donde la tienen secuestrada los entorpecimientos del mundo y el tumulto de las pasiones, no será eterna; después de una larga serie de renacimientos, se encenderá la chispa de sabiduría que en ella alienta, logrando, al fin, por la práctica, largo tiempo continuada, de la penitencia y de la contemplación, romper casi todos los lazos que la unen al mundo, acrecentando su virtud hasta alcanzar el grado de sabiduría y espiritualidad

que debe identificarla con la divinidad; entonces, abandonando el cuerpo que la retiene cautiva, tomará libremente impulso e irá a unirse para siempre al primer principio de que emanó.»

Llegado al tercer grado de iniciación, el bracmán debe perfeccionarse, espiritualizarse por la contemplación, pasando por los cuatro estados siguientes:

1.º Salokiam,
2.º Samipiam,
3.º Suarupiam,
4.º Sayodjyam.

Salokiam significa *unidad de lugar*. En este estado, el alma se esfuerza por el pensamiento en elevarse hasta la celestial mansión y colocarse frente a la divinidad; conversa con los pitris que la han precedido en los espacios inmortales; se sirve de su cuerpo como de una máquina inconsciente para trascribir, bajo la forma duradera de la escritura, las sublimes enseñanzas que recibe de los manes de los antepasados.

Samipiam significa *proximidad*. Por el ejercicio de la contemplación y el apartamiento de las cosas terrestres, se hace más familiar el conocimiento y el pensamiento de Dios; el alma parece acercarse a él, deviene vidente y comienza a entrever maravillas que no son de la tierra.

Suarupiam quiere decir *semejanza*. En este

tercer estado, el alma adquiere poco a poco una perfecta semejanza con la Divinidad y posee una parte de todos sus atributos; lee en el porvenir, y el Universo no tiene secretos para ella.

Sayodjyam significa *identidad.* El alma se une entonces a la Gran Alma íntimamente. Esta última trasformación no tiene lugar más que con la muerte, es decir, con el desprendimiento completo de todos los lazos materiales. La obra que analizamos explica el paso del alma por estos cuatro estados, por la siguiente comparación:

«Si se quiere extraer de una masa compuesta de cuatro metales el oro que a ella se encuentra incorporado, no se logrará tal finalidad sometiéndola una sola vez a la fusión; solamente haciendo pasar esta mezcla varias veces por el crisol, quedarán divididas en definitiva las partes heterogéneas que la componen, y el oro quedará separado en toda su pureza.»

Las dos formas de contemplación más en uso llevan los nombres de Sabda-Brahm y de Sabda-Visnú, o conversación con Brahma y Visnú.

Por medio del ayuno y la oración en las selvas, entre las fieras, a las que dominan por el poder flúido puro agasa; en las orillas desiertas de los torrentes, se preparan a estas meditaciones superiores los nirvanys—desnudos,—y los yoguis—contemplativos.

En todas las épocas de las grandes crisis en

la historia de la India, y cuando la casta sacerdotal se aprestaba a asestar un golpe decisivo para hacer que los pueblos volvieran a la sumisión y al deber, se les ha visto abandonar sus retiros del desierto, o sus sombríos refugios en el interior de los templos, para predicar a las masas la obediencia y la abnegación.

Llegaban a las poblaciones rodeados de tigres y panteras, tan mansos como corderos, y ejecutaban los fenómenos más extraordinarios, haciendo desbordar los ríos, palidecer la luz del sol, o haciendo escribir por un poder desconocido, en las paredes de los palacios, la sentencia de los rajás perseguidores de los bracmanes.

El estudio de las verdades filosóficas no suprime para los contemplativos las maceraciones corporales—tapassas.—Por el contrario, se diría que se han aplicado a exagerarlas.

Hay quien una vez por semana se echa desnudo en el centro de un círculo rodeado por cuatro hogueras, sin cesar alimentadas por los novicios.

Otros se hacen enterrar hasta el cuello en la ardiente arena, dejando el cráneo expuesto a todos los ardores del sol.

Aquellos se mantienen sobre un pie, hasta que la pierna se hincha y se cubre de úlceras.

Todo lo que afecta al cuerpo, lo atormenta y tiende a aniquilarle, sin suprimirlo de una manera inmediata, es meritorio.

Cada tarde, nirvanys y yoguis interrumpen sus ejercicios para ir a meditar en la soledad de los campos, a la puesta del sol.

Algunos siglos antes de nuestra era, estas maceraciones corporales tomaron un extraordinario carácter de salvajismo. A los primeros contemplativos de la India, que dedicaban todo su tiempo a la meditación y sólo una vez a la semana entregaban su cuerpo al sufrimiento físico, sucedieron los fanáticos, que no pusieron límites a la exageración de una fe entusiasta, y se impusieron los más atroces suplicios.

Por una reacción espiritualista, los iniciados superiores abandonaron entonces todos los antiguos castigos corporales y no se dedicaron más que a cautivar la admiración popular por excesivas austeridades, contrarias a las leyes de la Naturaleza; una humildad profunda, un ardiente deseo de vivir desconocidos del mundo, de no tener más que a la Divinidad por testigo de la pureza de sus costumbres, se apoderó de ellos, y si conservaron la práctica de los ayunos exagerados, fué, quizá, para no estar en contradicción con la Sagrada Escritura.

En el día, esta clase de austeridades es lo único que se impone a todos los iniciados.

Por el contrario, los fakires se han atribuído poco a poco todos los antiguos suplicios, y exagerándolos aun más, se los imponen en público, en las grandes festividades, con indomable fanatismo.

Después de la caída del poder temporal de los bracmanes, los iniciados superiores no son más que cenobitas, que, bien en el desierto, bien en las criptas subterráneas de los templos, dedican su vida a la contemplación, la oración, los sacrificios, el estudio de los más

elevados problemas filosóficos y la evocación de los espíritus, a los que consideran como los intermediarios entre la Divinidad y los hombres.

Estos espíritus, manes de santos personajes que han abandonado el mundo después de una vida de privaciones, de buenas obras y virtuosos ejemplos, reciben un culto regular y son invocados como directores de sus hermanos, retenidos todavía por los lazos de la existencia terrestre.

Los primeros cristianos, con sus apariciones, sus apóstoles que recibían el don de lenguas, sus taumaturgos y sus exorcistas, no fueron sino los continuadores de una tradición que no se interrumpe jamás en la antigüedad; no hay ninguna diferencia entre los discípulos de Pedro y Pablo y los iniciados de la India, entre los santos del cristianismo de las catacumbas y los pitris de los bracmanes.

Más tarde, los jefes, en interés de su dominación temporal y religiosa, hicieron derrogar la práctica y las creencias, y poco a poco, el antiguo culto ha revestido las formas modernas que conocemos...

Unicamente después de haber franqueado los tres primeros de los cuatro estados contemplativos, que acabamos de señalar, los nirvanys y los yoguis se entregaban a los supremos estudios fliosóficos, por los que poseían los secretos del presente y del porvenir del destino humano.

Cuando el iniciado del tercer grado llegaba a la edad de ochenta años y no formaba parte del Consejo Supremo, cuyos miembros perma-

necían en la vida activa hasta su muerte, era obligado a abandonar la pagoda, o el refugio que habitaba, y renunciando a todas las prácticas piadosas, ceremonias, sacrificios y evocaciones, se retiraba a cuálquier lugar desierto para esperar en él la muerte; sólo al azar debía su alimento y tenía que extinguirse en la contemplación del Infinito.

«Desistiendo entonces, dice el Manú, de todos sus deberes, abandonando la dirección de los sacrificios y el cumplimiento de las cinco abluciones; habiendo borrado todas sus faltas por las purificaciones prescriptas, reprimido sus órganos y comprendido toda la extensión del Veda, confiando en su hijo para todas las ceremonias y la ofrenda de la comida funeraria.

«Después de haber así abandonado toda practica piadosa y toda acción austera, aplicando su espíritu a la contemplación única de la gran causa primera, exento de todo mal deseo, su alma está ya sobre el umbral del swarga, mientras su envoltura mortal palpita todavía, como los últimos fulgores de una lámpara que se extingue.»

CAPITULO II

Del guru superior

La década sagrada

Al alcanzar el tercer grado de iniciación, los bracmanes eran divididos en grupos de diez, y un gurú superior, o profesor de ciencias ocultas, era colocado a la cabeza de cada una de estas décadas. El gurú era reverenciado como un dios por sus discípulos.

He aquí el retrato que el *Vedanta-Sara* traza de este eminente personaje:

«El verdadero gurú es un hombre a quien la práctica de todas las virtudes le es familiar, que con el machete de la sabiduría ha podado todas las ramas y cortado todas las raíces del árbol del mal, y ha disipado, con la luz de la razón, la sombra espesa que le envolvía; aunque sentado sobre la montaña de las pasiones, opone a sus ataques un corazón tan duro como

el diamante; se conduce con dignidad e independencia; tiene entrañas de padre para todos sus discípulos; no hace distinción entre sus amigos y sus enemigos, y tiene, para unos y otros, una benevolencia igual; ve el oro y las piedras preciosas con tanta indiferencia como si fuesen pedazos de hierro y de vasijas rotas, sin hacer más caso de aquello que de esto; y que pone todos sus desvelos en desvanecer las tinieblas de la ignorancia en que los hombres permanecen sumidos.»

Si no nos hubiésemos prohibido formalmente, en esta obra, destinada a iniciar simplemente al lector en las prácticas y doctrinas de los adeptos de los pitris en la India, toda apreciación personal, sería cuestión de examinar si los hierofantes modernos, tan intolerantes, tan orgullosos de la moral que predican, tienen algo que oponer a los preceptos que se desprenden de este pasaje de una de las más antiguas obras bracmánicas. Los gurúes modernos conocen el valor del oro y de la pedrería, y en cuanto a la ignorancia de las masas, se sabe de qué manera se ocupan en disiparla.

Vamos a recorrer, con el *Agruchada Parikchai,* el curso entero de filosofía superior, que la década sagrada seguía a las órdenes de su gurú.

CAPITULO III

El guru

Las evocaciones

Del mediodía a la puesta del sol, la década sagrada estaba a las órdenes del maestro de la ciencia celeste—filosofía;—del anochecer a la medianoche, estaba bajo la dirección del *gurú de las evocaciones,* que la dirigía en la parte *manifestada* de las ciencias ocultas.

El *Libro de los Espíritus,* que poseemos, nada dice de las fórmulas de evocación enseñadas; según algunos bracmanes, las más terribles penas alcanzarían al atrevido que osara entregar a un extraño a la iniciación el tercer libro del *Agruchada Parikchai,* que trata de estas materias; según otros, dichas fórmulas no han sido jamás escritas, diciéndose en voz baja al oído de los adeptos.

Sin que nos haya sido posible averiguar la veracidad de la aserción, se pretende tam-

bién que las evocaciones mágicas estaban concebidas en una lengua particular, y que estaba prohibido, bajo pena de muerte, traducirlas a los dialectos vulgares. Las pocas expresiones que hemos podido revelar, como: *L'rhom; h'hom; sh'hrum; sho'rhim*, son en efecto, de lo más chocante y no parecen pertenecer a un idioma conocido.

El *Libro de los Espíritus* da del gurú el siguiente retrato:

«El gurú de las evocaciones es un hombre que no conoce otro dios que él mismo, puesto que todos los dioses, y todos los espíritus, están a su disposición, (la expresión *dioses* está tomada aquí en el sentido de espíritus superiores). No adora más que a Zyaus, el espíritu tipo, el germen primordial, la matriz universal. A su voz, los ríos y los mares se desecan, las montañas se convierten en valles, los valles en montañas; dispone del fuego, de la lluvia, de las tempestades; conoce el pasado, el presente y el porvenir; los astros le obedecen; y armado de su bastón de siete nudos, puede encerrar en un solo círculo mágico a todos los espíritus malos del universo.»

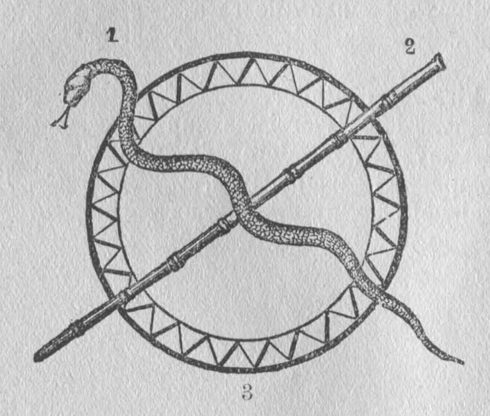
(*Agruchada Parikchai*).

CAPITULO IV

Del signo frontal de los iniciados

(Traducido del *Agruchada Parikchai.*)

Cada mañana, los iniciados del tercer grado, después de haber terminado sus abluciones, deben, antes de dirigirse a la pagoda para discurrir sobre las ciencias ocultas, bajo la dirección de los gurúes, trazarse sobre la frente el siguiente signo, símbolo de la iniciación superior.



El círculo indica el Infinito, cuyo estudio es objeto de las ciencias ocultas.

La orla del triángulo, significa que toda la Naturaleza está sometida a las leyes de la tríada:

Brahma.—Visnú.—Siva.

El germen.—La matriz.—El producto.

El grano.—La tierra.—La planta.

El padre.—La madre.—El hijo.

La serpiente es un símbolo de sabiduría y de perseverancia; indica también que el vulgo no debe ser admitido a la revelación de las verdades superiores, que a los espíritus débiles conducen a la locura y a la muerte.

El bastón de siete nudos representa los siete grados del poder de evocación y de las manifestaciones exteriores, que los iniciados recorren en los diferentes estados que ya conocemos:

Grihasta.—Dueño de casa.

Purohita.—Sacerdote de evocaciones vulgares.

Fakir.—Encantador.

Sannyassis.—Exorcistas superiores.

Nirvanys.—Evocadores desnudos.

Yoguis.—Contemplativos.

Brahmatma.—Jefe supremo.

CAPITULO V

DE LA INTERPRETACION DE LOS VEDAS Y OTRAS OBRAS DE LA SAGRADA ESCRITURA

Antes de interrogar el *Libro de los Espíritus* sobre el fondo mismo de su doctrina, nos parece útil colocar en evidencia, dándole la importancia de un capítulo, la frase epigráfica, por así decirlo, que aparece grabada al punzón en la primera de las láminas de hoja de palma que componen la segunda parte de esta obra.

La Sagrada Escritura no debe ser tomada en su sentido aparente, pues ¿de qué serviría la prohibición de revelarla al profano, si el secreto de las cosas estuviese encerrado en el sentido real del habitual lenguaje?

«Del mismo modo que el alma está encerrada en el cuerpo;

«Que la almendra está encerrada en su cubierta;

«Que las nubes velan el sol;

«Que los vestidos impiden la vista del cuerpo;

«Que el huevo está comprimido por la cáscara;

«Y que el germen descansa en el interior del grano.

«Del mismo modo la ley secreta tiene su cuerpo, su envoltura, sus nubes, su vestido y su cáscara, que la ocultan al conocimiento del vulgo.

«Todo lo que ha sido, todo lo que es, todo lo que será, todo lo que ha sido dicho, se halla en los vedas. Pero los vedas no explican los vedas, y no pueden ser comprendidos más que cuando el gurú los ha despojado de sus vestiduras y ha disipado las nubes que velaban su celeste claridad.

«La Ley es como la perla preciosa escondida en el seno de los mares; no basta ir a buscar la concha que la encierra; es preciso saber abrir la concha y apoderarse de la perla.

«Vosotros que en vuestro orgullo tratáis de leer la Sagrada Escritura sin el auxilio del gurú, ¿sabéis siquiera por qué letra de una palabra debéis comenzar a leerla? ¿Conocéis el secreto de las combinaciones por dos y por tres? ¿Sabéis cuando la final se convierte en inicial y la inicial en final?

«¡Desgraciado de aquel que quiere penetrar el sentido de las cosas antes de haber visto blanquear su cabeza y que le sea necesario un bastón para caminar...!»

Estas opiniones del *Agruchada* sobre la necesidad de no atenerse a la letra de los escritos sagrados de la India, nos recuerda las siguientes palabras de Orígenes, en las que éste se expresa como un iniciado de los antiguos templos:

«Si hubiese que atenerse a la letra y entender lo que en la Ley está escrito a la manera de los judíos y del vulgo, yo me avergonzaría de decir en voz alta que es Dios quien nos ha dado semejantes leyes, y hallaría entonces más grandeza y más razón en las legislaciones humanas, por ejemplo, en las de Atenas, Roma o Lacedemonia...

«Decidme, ¿a qué hombre sensato se le hará creer que el primero, el segundo y el tercer día de la creación, en los que se distingue una tarde y una mañana, hayan podido existir sin luna y sin estrellas, y que durante el primer día ni siquiera había cielo?

«¿Dónde hallar un espíritu bastante limitado para admitir que Dios se entrega, como un hombre, al ejercicio de la agricultura, plantando árboles en el Jardín del Edén, situado hacia el Oriente; que uno de estos árboles era el de la vida y que otro podía dar la ciencia del bien y del mal? Yo creo que nadie puede vacilar en mirar estas cosas como figuras bajo las cuales se ocultan misterios.»

Los antiguos kabalistas judíos, cuyas doctrinas tienen una íntima relación con las de los templos de la India, formulan la misma opinión de la siguiente manera:

«Desgraciado aquel que no ve en la Ley más que simples relatos y palabras vulgares, porque si en realidad encerrase sólo esto, podríamos, aun hoy día, componer una Ley mucho más digna de admiración. Para no hallar más que simples palabras, no tendríamos más que dirigirnos a los legisladores de la tierra, entre los cuales se encuentra, a menudo, más grandeza. Nos bastaría imitarles y hacer una Ley según sus palabras y su ejemplo. Pero no sucede así: cada palabra de la Ley encierra un sentido elevado y un misterio sublime.

«Los relatos de la Ley son el ropaje de la Ley. ¡Desgraciado de aquel que toma el ropaje por la Ley misma! A esto se refería David, cuando dijo: «¡Dios mío, ábreme los ojos, a fin de que pueda contemplar las maravillas de tu Ley!» (1).

«David quería hablar de lo que está oculto bajo el ropaje de la Ley. Hay insensatos que, al ver a un hombre cubierto por un hermoso vestido, no llevan más lejos sus miradas y toman el vestido por el cuerpo, mientras no perciben una cosa más preciosa, que es el alma. La Ley tiene también su cuerpo. Hay mandamientos que podríamos llamar el cuerpo de la Ley. Los relatos ordinarios que en ella se mezclan son los vestidos de que dicho cuerpo está cubierto. El vulgo no tiene en cuenta más que el vestido de los relatos de la Ley, y no conoce otra cosa. No ve lo que está oculto debajo.

———

(1) *La Kabbale*, traducción de A Franck.

Los hombres más instruídos no paran atención en el vestido, sino en el cuerpo que oculta.

«Por último, los sabios, los servidores del rey supremo, aquellos que habitan las alturas del Sinaí, sólo se ocupan del alma, que es la base de todo lo demás, que es la misma Ley; y en los tiempos futuros, estarán preparados para contemplar el alma de esta alma que alienta en la Ley.

«Si la Ley no estuviese compuesta más que de palabras y relatos ordinarios, como las palabras de Esaú, de Agar, de Labán, como las que fueron pronunciadas por la burra de Balaam, y por Balaam mismo, ¿por qué había de ser llamada la Ley de la verdad, la Ley perfecta, el testimonio fiel de Dios? ¿Por qué el sabio la estimaría más preciosa que el oro y las perlas?

«Pero no; en cada vocablo se oculta un sentido más elevado; cada relato nos enseña algo más que lo que parece contener. Y esta Ley superior es más santa; es la verdadera Ley.»

Como se ve, los padres de la Iglesia cristiana, los kabalistas judíos y los iniciados de los templos hindúes, usan el mismo lenguaje: los relatos de la Ley velan su sentido místico, como el traje oculta el cuerpo, y el cuerpo, el alma.

El *Libro de los Espíritus* que vamos a estudiar, tiene la pretensión de revelar a los iniciados la esencia, la medula misma del veda. Pero sólo es claro y preciso en su parte cosmológica y filosófica; así que aborda las prác-

ticas de evocación y de exorcismo, vuelve a caer en las fórmulas misteriosas, en las combinaciones de letras mágicas y ocultas, cuyo secreto no nos ha sido posible penetrar, admitiendo que, realmente, haya secretos en estas fórmulas de evocación compuestas de extraños vocablos desconocidos...

Dejando a un lado la creencia en los espíritus y en las manifestaciones sobrenaturales, ante la cual la razón de todos no se doblega fácilmente, verán nuestros lectores cómo no ha surgido nunca moral más pura, de especulaciones filosóficas más elevadas.

Leyendo estas páginas, se comprenderá que era en la India donde la antigüedad iba a beber la ciencia de la vida, y que existía una estrecha relación entre los iniciados de los templos hindúes y aquellos otros iniciados que se llamaron Moisés, Sócrates, Platón, Aristóteles, los Esenios y los apóstoles del Cristianismo.

Los espiritualistas modernos no han añadido nada a las concepciones metafísicas de los bracmanes. Esto es una verdad que el ilustre Cousin entrevió, cuando dijo:

«La historia de la filosofía de la India, es el compendio de la historia de la filosofía del mundo.»

CAPITULO VI

Psicologia del libro de los pitris

Las lecciones del gurú superior al iniciado que acaba de entrar en el tercer grado de su orden, comienzan por los aforismos siguientes:

La primera de todas las ciencias es la del hombre; el hombre es el alma; el cuerpo no es más que un medio de comunicación con la materia terrestre; el estudio del alma conduce al conocimiento de todas las fuerzas visibles e invisibles de la Naturaleza, al del gran Todo.

Sentado esto, el viejo iniciado revela a sus auditores, en un lenguaje majestuoso y poético, los misterios del alma. Lamentamos no poder seguirle en todo el desarrollo de su doctrina; no bastaría para ello con este libro, y tenemos que resignarnos a dar sólo la sustancia de sus enseñanzas.

El alma o el yo, es una realidad que se manifiesta por fenómenos, de los que ella es la

causa; estos fenómenos son revelados al hombre por esa claridad interior que los libros santos llaman *ahancara,* conciencia.

La ahancara es un hecho universal, que todos los seres dotados de vida poseen y que alcanza en el hombre un grado superior. Esta luz soberana es la que ilumina y guía al Yo.

Al pasar, según la expresión del divino Manú, de la planta en que vegeta y parece soñar, a los animales y al hombre, la ahancara se desprende poco a poco de la materia, la domina y la gobierna, hasta la trasformación suprema, que devuelve al alma su libertad y le permite continuar en el Infinito sus evoluciones progresivas.

Libre de sus lazos, el alma no se desinteresa de la tierra en que ha vivido; continúa siendo una rueda activa del Gran Todo, y como dice el inmortal legislador: «Los espíritus de los antepasados, en estado invisible, acompañan a los bracmanes invitados al sraddha funerario, y toman sitio a su lado, cuando ellos se sientan.»

(Manú, libro III).

A medida que el alma se acerca a su última trasformación, adquiere facultades infinitas y llega a no tener por gurú más que a los pitris, o espíritus, que en los mundos superiores están más adelantados que ella. Por medio del flúido puro agasa entra en comunicación con ellos, recibe sus lecciones, y según sus méritos, adquiere la facultad de utilizar las fuerzas secretas de la Naturaleza.

Después de esta exposición, el gurú comienza su segunda lección, declarando que, por la lógica sola, se puede llegar a conocer bien el alma y el cuerpo.

La lógica, dice, es el conjunto de leyes con ayuda de las cuales, dirigiendo bien el espíritu, se puede llegar al conocimiento perfecto:

1.º Del alma;
2.º De la razón;
3.º De la inteligencia;
4.º Del juicio;
5.º De la actividad;
6.º De la privación;
7.º Del fruto de las acciones;
8.º Del pesar;
9.º Del sufrimiento;
10.º De la liberación;
11.º De la trasmigración o metempsicosis;
12.º Del cuerpo;
13.º De los órganos de la sensación;
14.º De los objetos de los sentidos.

Los diversos modos empleados por la lógica para llegar al conocimiento de la verdad, son, en seguida, estudiados en diez y seis lecciones, cuyos títulos son estos:

1.º La prueba;
2.º Lo que es preciso estudiar y probar; es decir, la causa;
3.º La duda científica;
4.º El motivo;
5.º El ejemplo;

6.º La verdad demostrada;
7.º El silogismo;
8.º La demostración por el absurdo;
9.º La determinación del objeto;
10.º La tesis;
11.º La controversia;
12.º La objeción;
13.º Los argumentos viciosos;
14.º La perversión;
15.º La futilidad;
16.º La refutación.

Es inútil hacer notar cuán considerable es la herencia que la filosofía de Grecia y de Europa ha recibido de los hindúes.

No insistiremos sobre cada uno de estos puntos, cuya sola enunciación basta para hacer comprender el desarrollo que pueden alcanzar; nos limitamos a decir que están tratadas magistralmente por estos antiguos filósofos de las orillas del Ganges, cuya vida entera estaba dedicada a estas elevadas especulaciones.

La prueba, en general, se hace de cuatro maneras:

1.º Por percepción;
2.º Por inducción;
3.º Por comparación;
4.º Por testimonio.

La inducción está, a su vez, dividida:

1.º En antecedente, que separa el efecto de la causa;

2.º En consecuente, que deduce la causa del efecto;

3.º En análogo, que establece los semejantes conocidos de los semejantes desconocidos.

Después de haber analizado el alma y el cuerpo, de haber pasado todas sus manifestaciones por el cedazo de la lógica, el *Libro de los Espíritus,* por medio del gurú, establece la lista de sus facultades y de sus cualidades:

Facultades del alma

1.º Sensibilidad;
2.º Inteligencia;
3.º Voluntad.

Facultades de la inteligencia

1.º Conciencia (órgano de percepción interna);

2.º Sentidos (órgano de percepción externa);

3.º Memoria;

4.º Imaginación;

5.º Razón (órgano de las nociones absolutas o axiomas).

Cualidades del cuerpo

1.º El color (la vista);
2.º El sabor (el gusto);
3.º El olor (el olfato);
4.º El sentido del oído y del tacto;
5.º El número;
6.º La cantidad;
7.º La individualidad;
8.º La conjunción;
9.º La disyunción;
10.º La prioridad;
11.º La posterioridad;
12.º La gravedad, o pesantez;
13.º La fluidez;
14.º La viscosidad.
15.º El sonido.

Como todo lo que procede del alma no tiene nada de material, ningún estudio, por profundo que sea, puede hacer caer bajo los sentidos las facultades que emanan de la ahancara—luz interior,—y del agasa—flúido puro,—de lo que se deduce que la finalidad de la ciencia debe ser libertar lo más pronto posible al espíritu de las trabas materiales, de las pasiones y de todas las malas influencias que se oponen a que gane las celestes esferas, pobladas de seres aéreos que han llegado al término de sus trasmigraciones.

El cuerpo, por el contrario, compuesto únicamente de moléculas materiales, se disgrega y y vuelve a la tierra.

Sin embargo, si el alma no ha sido juzgada digna de revestir ese cuerpo flúidico de que habla Manú, está obligada a recomenzar una nueva serie de trasmigraciones en este mundo, hasta que alcance el grado de perfección obligada para abandonar para siempre la forma humana.

No es posible negar las extraordinarias afinidades de este sistema de filosofía con el de los antiguos filósofos griegos, especialmente Pitágoras, el cual, después de haber admitido la metempsicosis, pretendía igualmente que el fin de toda filosofía era desembarazar al alma de su cuerpo mortal y conducirla al mundo de los espíritus. A pesar de todas las tradiciones que nos muestran a Pitágoras viajando por la India y difundiendo su sistema, que, de todos los sofistas antiguos, fué el único en preconizar, la filosofía de la India no procede de la patria de Sócrates. Dice el ilustre Colebrook, que durante treinta años estudió el problema en todos sus aspectos *y en la India:*

«En filosofía, los hindúes han sido los maestros de los griegos, y no sus discípulos.»

Pitágoras creía en los espíritus superiores, clasificados jerárquicamente, que ejercían diferentes influencias en los asuntos de este mundo. Esta es la base de las ciencias ocultas. Esta creencia supone, necesariamente, el conocimiento de las fórmulas mágicas de evocación, y si el filósofo no deja más que suponer su asentimiento a las ciencias sobrena-

turales, debemos creer que se hallaba ligado por el terrible juramento de los iniciados.

Con el estudio de la razón termina el gurú su examen del alma y de sus facultades.

Como toda la fuerza lógica del espiritismo hindú descansa en esta facultad, vamos a reproducir, en un capítulo especial, conservando la forma dialogada únicamente en la Introducción, la lección del gurú superior sobre este interesante tema.

Empleamos la expresión *espiritismo*, para designar la creencia en los pitris de los hindúes, porque no existe en nuestra lengua ninguna palabra para caracterizar mejor su filosofía.

La creencia en los pitris es la creencia formal en los espíritus, manifestándose y dirigiéndose a los hombres.

CAPITULO VII

La razón

Diálogo XXIII del 2.º libro del «Agruchada Parikchai»

VATU [1]

Nuestras abluciones han sido hechas según la forma prescrita. Los sacrificios ordenados han sido ejecutados; el fuego descansa en el atrio, el almirez no resuena bajo la mano de las jóvenes que preparan el alimento de la noche; los elefantes sagrados acaban de dar en los gongos de cobre los golpes que parten la noche—medianoche;—es la hora de comenzar tus sublimes lecciones.

---

(1) Discípulo.

GURU

Hijos, ¿qué queréis de mí?

VATU

¡Oh, tú, que estás adornado de todas las virtudes, que eres grande como el monte Hymavat (Himalaya); que posees un perfecto conocimiento de los cuatro vedas y de todo lo que debe ser explicado *bajo la palabra sagrada;* tú, que posees todos los mentrams—fórmulas de evocación;—que tienes ligados a tu voz a los manes y espíritus superiores; que por el resplandor de tus virtudes brillas como el sol; cuya reputación está esparcida por todas partes; que eres alabado en los catorce cielos por las catorce categorías de espíritus que comunican con los hombres, deja caer sobre nosotros, que besamos tus pies sagrados, la luz de tu ciencia, como el Ganges deja correr sus aguas sobre las llanuras que fecunda!

GURU

¡Oíd! Mientras que el vil sudra—el siervo,—descansa ni más ni menos que el perro

que duerme en el umbral de su puerta; mientras que el vaisia—mercader,—sueña en la siqueza que acumula; mientras el chatria—rey,—se duerme en el departamento de sus mujeres, fatigado por los placeres, pero nunca hastiado, es el momento, para los hombres justos, que no quieren dejarse dominar por su envoltura impura, de estudiar la ciencia.

VATU

¡Te escuchamos, maestro!

GURU

Hijos, los años han debilitado mi vista y apenas si mi débil cuerpo es capaz de expresaros mi pensamiento; mi envoltura cruje por todas partes y ya entreveo la hora de la trasfiguración. ¿Qué os había prometido para esta noche?

VATU

Nos dijisteis, maestro: Os haré conocer la inmortal antorcha que pone al hombre en comunicación con el Infinito y dirige su trasformación en la tierra.

GURU

Vais a oír una voz; esta voz será la mía, pero no la idea nacida en mi cerebro, ¡Oíd! Me entrego a los espíritus superiores, que son los que me inspiran...

El gurú hace entonces una invocación a los maritchis, o espíritus primordiales, y he aquí el resumen de su lección:

Todo hombre halla en sí nociones absolutas, que existen fuera de la materia y de los sentidos, que ninguna educación puede haberle dado, y que su razón ha recibido de Swayambhuva, el sér existente por sí mismo, como un signo de su inmortal origen.

Estas nociones son los principios:

De causa;

De identidad;

De contradicción;

De armonía.

Por el principio de causa, la razón formula que todo lo que existe es producto de una causa, y aunque ignoremos ésta a menudo, en presencia de un hecho no admitimos su no existencia.

Naciendo de él toda ciencia, no se estudian las realidades más que para remontarse al Productor.

No basta con formular la ley de un hecho; es preciso saber de dónde procede esta ley y lo que sostiene a la Naturaleza en su armonía.

Por la identidad y la contradicción, el hombre afirma que su *yo* no es el del vecino; que dos hechos contrarios no están regidos por la misma ley; que el bien no es el mal; que dos contrarios simultáneos no pueden existir en un mismo hecho.

Por el principio de armonía, la razón nos revela que todo en el Universo está sometido a leyes inmutables, y el principio de causa nos obliga a dar a dichas leyes un *autor* y un *conservador*.

Ninguna facultad del alma puede ejercerse sin someterse a estos principios, que regulan la vida interior y la exterior, la naturaleza espiritual y la material. Sin estos principios, a los cuales estamos sometidos de una manera fatal y que se encuentran afirmados por la razón de todos los hombres y de todas las naciones; sin estos principios, que son las leyes supremas, observaciones, estudios, ciencias, nadie podría aprovecharse por tradición de las conquistas de los que le precedieron; careciendo de axioma el hecho científico, la ciencia no podría constituirse, porque no habría dos hombres que viesen, pensasen y juzgasen de la misma manera.

La razón de todos, la razón universal, guiada por estos principios absolutos, es la gran antorcha que guía a la humanidad y une a todos los hombres en un trabajo común provechoso a todos.

Tal es el resumen más sucinto de este diálogo,

cuyo tema cubre unas cincuenta hojas del libro de los Espíritus.

Con ayuda de los axiomas que el gurú acaba de formular, la razón conduce al hombre al conocimiento:

1.º Del Sér supremo.
2.º De la constitución del Universo;
3.º De los espíritus superiores e inferiores;
4.º Del hombre.

Veamos cuáles son las opiniones de los iniciados sobre cada una de estas materias.

CAPITULO VIII

Un texto de los Vedas

«Nada comienza, nada acaba, todo se modifica y se trasforma... La vida y la muerte no son más que modos de trasformación, que elevan la molécula vital desde la planta hasta Brahma.»

Atharva-veda

CAPITULO IX

ALGUNAS SLOCAS DEL MANU

«El alma es la semejanza de los dioses; el Universo descansa en el alma suprema; es el alma quien ejecuta las series de actos producidos por los seres animados.

«Que el bracmán se represente al gran sér, soberano señor del Universo, más sutil que un átomo, más brillante que el oro puro, y no pudiendo ser concebido por el espíritu más que en el sueño de la contemplación más abstracta.

«Los unos le adoran en el fuego, otros en el aire; él, el eterno Brahma, es el señor de las criaturas.

«Es él quien, envolviendo todos los seres en un cuerpo formado de cinco elementos, los hace

pasar sucesivamente del nacimiento al crecimiento, del crecimiento a la disolución, por un movimiento semejante al de una rueda.

«Por esto el hombre que reconoce en su propia alma el alma suprema presente en todas las criaturas, comprende que debe mostrarse bueno y leal para todos y obtiene la suerte más feliz que pudiera desear: la de ser por último absorbido en Brahma.»

Manú, libro XII.

CAPITULO X

El Sér Supremo

DIALOGO XXIV DEL «LIBRO DE LOS PITRIS»

Después de haber colocado en epígrafe el texto del *Atharva-veda* y las estrofas de Manú que acabamos de reproducir, el *Agruchada* consagra la vigésima cuarta lección del gurú de las evocaciones al estudio del Sér supremo. Los principios de causa y de armonía conducen la razón humana *a la noción absoluta de una causa superior y universal.*

«Aquel que niega esta causa por el conjunto, dice textualmente el *Libro de los Pitris*, no tiene derecho a asignar una causa a un hecho particular; si decís: el Universo existe porque existe, es inútil buscar nada más allá; sólo de hechos vive el hombre, y nada le asegura la invariabilidad de las leyes de la Naturaleza.»

Después de haber sostenido que la creen-

cia es una causa superior y universal, en el Sér supremo, es la base de toda ciencia, el gran axioma por excelencia, el gurú de las iniciaciones toma de Manú y de los vedas la definición de esta fuerza primordial, cuyo nombre, sagrado y misterioso, prohibe pronunciar.

«Es aquel que existe por sí mismo, y que está en todo, porque todo está en él.

«Es aquel que existe por sí mismo, a quién sólo el espíritu puede percibir, que escapa a los órganos de los sentidos; que carece de partes visibles, eterno, alma de todos los seres, a quien nadie puede comprender...

«Es uno, inmutable, desprovisto de partes y de formas, infinito, omnisciente, omnipresente y omnipotente; es él quien ha hecho surgir los cielos y los mundos del abismo de la nada y los ha lanzado a los espacios infinitos; él es el divino motor, la gran esencia originaria, la causa eficiente y material de todo.

«El Ganges que se desliza, es él; el mar que brama, es el; los vientes que soplan, es él; la nube que truena, el relámpago que brilla es él; lo mismo que desde toda eternidad el mundo estaba en el espíritu de Brahma, de igual forma hoy todo lo que existe es imagen suya.

«El es el autor y principio de todas las cosas, eterno, inmaterial, presente en todas partes, independiente, infinitamente feliz, exento de penas y cuidados, la verdad pura, la fuente de toda justicia; aquel que todo lo gobierna, que dispone de todo, que todo lo regula, infinitamente sabio, sin forma, sin figura, sin exten-

sión, sin naturaleza, sin nombre, sin casta, sin parentesco, de una pureza que excluye toda pasión, toda inclinación, toda composición.»

Luego el gurú se hace, con los puranas, estas preguntas sublimes, a las cuales va a contestar:

«Espíritu misterioso, fuerza inmensa, poder insondable, ¿cómo se manifestaba tu poder, tu fuerza y tu vida antes del período de creación? ¿Dormías, como un sol extinto, en el seno de la descomposición de la materia? ¿Estaba en ti esta descomposición, o bien la habías tú ordenado? ¿Eras tú el caos? ¿Eras tú la vida y encerrabas en ti todas las vidas que habían escapado a la lucha de los elementos destructores? Si tú eras la vida, eras también la destrucción, porque la destrucción viene del movimiento, y el movimiento no existiría sin ti.

«¿Habías lanzado los mundos a una hoguera ardiente para regenerarlos, hacerles renacer de la descomposición como el árbol viejo renace de su grano, que produce un germen en el seno de la podredumbre?

«Puesto que te llaman Narayana, ¿erraba tu espíritu sobre las aguas?

«El germen inmortal, dijo entonces el gurú, cuyo nombre terrible no debe ser pronunciado, es el *anciano de los días;* nada ha sido sin él, nada es fuera de él; él hace resplandecer en él Infinito la vida, el movimiento y la luz; todo desciende de él, todo asciende a él, sin cesar fecundiza el Universo *por una unión íntima con su pensamiento productor...*

«Oíd lo que ha sido revelado a nuestros sabios, en el silencio de la soledad, en las orillas de los torrentes desiertos, en las misteriosas criptas de los templos.

«He aquí lo que ningún oído profano debe oír, lo que es desde toda eternidad, que jamás ha comenzado, ni tendrá jamás fin.

«Escuchad el himno del amor eterno.

«El es *uno,* pero es *dos;* es *dos,* pero es *tres.* El *uno* contiene los *dos* principios, y la unión de los dos principios, produce el tercero.

«¡Es uno y es todo! Y este uno contiene el esposo y la esposa, y el amor del esposo por la esposa y de la esposa por el esposo, produce el tercero, que es el hijo.

«El esposo es tan antiguo como la esposa, la esposa tan antigua como el esposo, el hijo tan antiguo como el esposo y como la esposa, y el *uno* que contiene a los tres se llama

A

U M

Tres en uno

«Así se explica el sublime monosílabo. Esta es la imagen del anciano de los días.

«Y la unión del esposo con la esposa no cesa jamás, y de las vibraciones de su amor eterno, el hijo recibe constantemente la vida, que derrama sin término desde el Infinito, como millones de gotas de rocío fecundadas por el amor divino.

«Cada gota de rocío que se escapa, es la representación exacta del Gran Todo, un átomo de Paramatma, el alma universal, y cada uno de estos átomos posee los dos principios que pueden engendrar el tercero.

«Todo se ordena por tres en el Universo, desde el Infinito, al cual todo desciende, hasta el Infinito a que todo asciende, por un movimiento semejante al de una cadena sin fin, dando vueltas alrededor de una rueda.

«Los átomos parten en estado de germen fecundado, se agregan entre sí y forman la materia incesantemente trasformada y perfeccionada por los tres grandes principios de vida: el agua, el calor y el flúido puro agasa.

«Agasa, el flúido puro, es la vida, es el alma, es el hombre; el cuerpo no es más que una envoltura, un esclavo que obedece.

«Como el grano que germina hace estallar su cáscara y brota fuera de la tierra, Agasa se despoja poco a poco de todos los velos materiales bajo los cuales se trasforma y se purifica, y abandonando la tierra, pasa a ca-

torce regiones más perfectas, dejando cada vez su envoltura precedente para revestir una más pura.

«Agasa, el flúido vital—el alma,—anima el cuerpo del hombre en la tierra. En los espacios infinitos reviste la forma aérea de los pitris—espíritus.

«Las almas de los hombres recorren, antes de elevarse hasta el alma suprema, los catorce grados siguientes de espíritus superiores. *Los pitris,* espíritus inmediatos de los antepasados, viven todavía en el círculo terrestre y comunican con los hombres, como el hombre continúa comunicando con los animales.

«Por encima de los espíritus, y no teniendo nada de común con la tierra, están:

Los somapas, Los agnidagdhas, Los agnanidagdhas, Los agnichwâttas, Los cavias, Los barhichads, Los sômyas, Los havichmats, Los adjyapas, Los sucalis, Los sadhyas.	Espíritus que habitan los planetas y los astros.

Los dos últimos grados son los de los maritchis y de los pradjapatis, espíritus superiores que llegan al término de su trasmigra-

ción y bien pronto se absorberán en la gran Alma.

«Esto se llama la trasformación progresiva de los espíritus justos que han empleado en el bien su vida terrestre. Veamos, ahora, las trasformaciones de los espíritus malos:

Los yakchas,
Los rakchasas,
Los pisatchas,
Los gandharbas,
Los apsarâs,
Los asuras,
Los nagas,
Los sarpas,
Los suparnas,
Los kinnaras.

Espíritus maléficos que intentan deslizarse constantemente en el cuerpo de los hombres para volver a la vida terrestre, que deben recorrer de nuevo.

«Estos espíritus maléficos son las secreciones malditas del Universo, y no pueden alcanzar la pureza exigida para las trasformaciones superiores, sino después de mil y mil trasformaciones en los minerales, los vegetales y los animales.

«Los pradjapatis superiores, son en número de diez. Los tres primeros son:

Marìtchi,
Atri,
Angiras,

que representan la *razón*, la *sabiduría* y la *inteligencia* eternas.

«Los otros tres:

Pulastya,
Pulaha,
Cratú,

representando la bondad, el poder y la majestad del Sér divino.

«La última tríada:

Vasichta,
Pratchetas,
Brighú,

son los emisarios de la creación, de la conservación y de la trasformación; son los agentes directos de la trinidad manifestada.

«El último:

Narada,

representa la unión íntima de todos los pradjapatis con el pensamiento del Sér existente por sí mismo y el incesante resurgir de millares de seres que rejuvenecen constantemente la Naturaleza, perpetuando la obra de la creación.

«Estas cualidades de razón, de sabiduría, de inteligencia, de bondad, de poder, de majestad, de creación, de conservación, de trasformación y de unión, que se esparcen sin cesar en el Universo bajo la influencia de los espíritus

superiores, son el producto constante del amor del divino esposo por la celestial esposa. Y así, el gran Sér mantiene su vida eterna, que es la de todos los seres.

«Porque todo en el Universo no existe, no se mueve, no se trasforma, más que para perpetuar, renovar y purificar la existencia del Gran Todo.

«Por esto nada existe fuera de su esencia y de su sustancia, y por esto, todas las criaturas encierran en sí mismas los principios de razón, de sabiduría, de inteligencia, de bondad, de poder, de majestad, de creación, de conservación, de trasformación y de unión, y son la imagen de los diez pradjapatis, que, a su vez, son la emanación directa del poder divino.

«La partida del alma-átomo del seno de la Divinidad es una irradiación de la vida del Gran Todo, que gasta sus fuerzas en regenerar su sér para vivir; su regreso es la llegada a Dios de una fuerza vital, purificada por todas las trasformaciones que ha sufrido.

«Este regreso es la recompensa final; tal es el secreto del gran Sér y del Alma suprema, madre de todas las almas...»

Después de la explicación de este sistema sobre Dios, el alma y la creación perpetua, sistema el más asombroso, tal vez, que se haya

producido en el mundo, y que encierra, en sustancia, bajo una forma mística, casi todas las doctrinas filosóficas concebidas por el espíritu humano, el *Libro de los Pitris* termina este capítulo, del que suprimimos los interminables invocaciones y los himnos a cada fuerza creadora, con la siguiente comparación:

«El Gran Todo que se mueve y se trasforma a sí mismo en el Universo visible e invisible, es semejante al árbol que se perpetúa por sus semillas creando perpetuamente tipos idénticos.»

Así, según la doctrina de los iniciados, Dios es el conjunto, el alma es el átomo que se trasforma progresivamente, se purifica y asciende a la fuente eterna, y el Universo, es la reunión de los átomos en trasformación.

Lo mismo que el hombre sobre la tierra está en comunicación directa con el alma de las plantas y de los animales inferiores, igualmente los pitris, revestidos de un cuerpo flúidico, que han llegado al primero de los catorce grados, permanecen en comunicación con el hombre.

La ascensión se continúa sin romper los lazos: Los pitris están en relación con los espíritus somapas; los somapas con los agnidagdhas; los agnidagdhas con los agnanidagdhas; los agnanidagdhas con los agnichwatas; y así los demás, hasta los pradjapatis, que están en comunicación directa con Dios.

En cada una de estas categorías, el espíritu

reviste un cuerpo más perfecto y continúa moviéndose en el círculo de leyes que podríamos llamar *supraterrestres*, pero que no son sobrenaturales.

El *Libro de los Pitris* dice, positivamente: que los espíritus conservan su sexo, cualquiera que sea la categoría superior a que lleguen, y que se unen entre sí por lazos de amor que en nada se asemeja al amor terrestre. De estas uniones, siempre fecundas, nacen seres que poseen todas las cualidades de sus padres, gozan de su misma dicha y no están afectados por las trasformaciones de este mundo inferior.

Como los espíritus disfrutan de libre albedrío, podría suceder, sin embargo, que, por faltas de una excepcional gravedad, descendiesen a la condición de humanos, y con este motivo, el *Agruchada Parikchai* hace mención de una rebelión de pitris ocurrida en los tiempos antiguos, sobre la cual no se extiende, y por la que, dice, cierto número de ellos fueron arrojados a la tierra.

¿Nació el mito del pecado original del recuerdo de esta leyenda de los templos de la India, trasportada por la iniciación a los misterios de Egipto y Caldea? Lo ignoramos; sin embargo, la estrecha relación que existe entre las diferentes tradiciones religiosas de dichos pueblos permiten suponerlo.

Los pitris, que no han traspasado el grado inmediatamente superior al del hombre, son los únicos espíritus que están en comunicación con él y son considerados como los antepasados

de la humanidad, sus directores e inspiradores naturales. A su vez, están inspirados por los espíritus del grado superior al suyo, y así, de grado en grado, la palabra divina, es decir, dicho de otro modo, la revelación, puede llegar hasta el hombre.

En cada una de estas clases, los espíritus no son iguales entre sí; cada categoría forma un mundo completo a imagen del nuestro, pero más perfecto, en el que se encuentran las mismas desigualdades de inteligencia y de funciones.

Se comprende que con este sistema no le sea posible al hombre vivir aislado de sus antepasados, que debe buscar sus enseñanzas, y su auxilio, para llegar lo más pronto posible a la trasformación que debe reunirles a ellos.

En esta creencia está basada toda la doctrina de la iniciación.

Pero en la tierra no todos los hombres son aptos para recibir comunicaciones de lo alto. Unos, se entregan al mal, sin inquietarse de perfeccionar su naturaleza; otros, se resienten todavía demasiado de las vidas anteriores que han recorrido bajo la forma animal, dominando la materia completamente al espíritu; únicamente después de una multitud de generaciones empleadas en hacer el bien, se idealiza el alma, y el flúido puro agasa, que es el lazo común entre los seres, se desarrolla, y la comunicación se establece.

De ahí, la desigualdad natural de las clases de hombre y la necesidad, para aquellos que han llegado a un desarrollo superior, de unirse en el estudio de los grandes secretos de la

vida, y de las fuerzas de la Naturaleza que pueden lograr poner en acción.

«Sólo por el ayuno, dice el *Agruchada Parikchai,* las maceraciones, las plegarias y las meditaciones incesantes puede el hombre llegar al desprendimiento completo de todo lo que le rodea; entonces, adquiere una potencia extraordinaria; el tiempo, el espacio, la opacidad, la pesantez, no son ya nada para él; teniendo a todos los pitris a su disposición, y por ellos, a los espíritus de los grados superiores, alcanza un poder de pensamiento y de acción que no sospechaba, y comienza a entrever, levantando el velo que oculta el porvenir, los esplendores del destino humano.»

Pero si hay espíritus mediadores y directores siempre dispuestos a acudir a su voz para indicarle el bien, también hay otros que, condenados por sus faltas en la vida terrestre a recomenzar sus emigraciones por la vía del mineral y del vegetal, vagan por el Infinito, esperando apoderarse de un pedazo de materia que pueda servirles de envoltura, y empleando todos los recursos de su miserable inteligencia en engañar al hombre sobre el camino que debe recorrer para llegar a la suprema trasformación. Estos espíritus maléficos están sin cesar ocupados en atormentar a los piadosos ermitaños durante sus sacrificios, a los iniciados en sus estudios y a los sannyassis mientran oran, y es preciso poseer el secreto de los

conjuros mágicos para poder desembarazarse de ellos.

Por último, el conjunto del sistema, el Gran Todo, se conserva perpetuamente, se desarrolla y se trasforma por el amor.

La tríada, emblema de este amor, encierra en sí el *esposo* y la *esposa,* cuya perpetua unión da constante nacimiento al *hijo,* que regenera el Universo. Todo lo que existe, no es más que un compuesto de átomos inmortales que se reproducen por tres: el germen, la matriz, y el producto—el padre, la madre, el hijo—a ejemplo de la inmortal tríada, soldada en la unidad, que dirige la Naturaleza entera, el átomo-alma, al terminar sus trasformaciones, se eleva al eterno hogar de donde descendiera.

Al salir de los misterios de la iniciación, esta grandiosa concepción da nacimiento, en el culto vulgar, a esta tríada triplemente manifestada que el hindú llama:

Nara—Agni—Brahma—el padre;
Nari—Vaya—Visnú—la madre;
Viradj—Surya—Siva—el hijo.

Que el Egipto conoció con los nombres siguientes:

Amon—Osiris—Horus—el padre;
Muth—Isis—Isis—la madre;
Khons—Horus—Maluli—el hijo.

La Oceanía polinésica:

Taaroa,
Ina,
Oro.

Y por último, el Cristianismo;

El Padre,
El Espíritu,
El Verbo.

Todas las doctrinas de los templos han salido de los misterios de la iniciación, que los sacerdotes trasformaban en símbolos groseros para vulgarizarlos sin romper su secreto.

CAPITULO XI

Palabras de los sacerdotes de Menfis a los iniciados

El vandalismo de los soldados de César, destruyendo la Biblioteca de Alejandría, no nos ha dejado más que esculturas e inscripciones para reconstituir la historia religiosa de Egipto, pero está éste ligado a la India por una filiación tan directa, que sus ruinas hablan y se animan, sus menores inscripciones revelan sus secretos, cuando nos los explicamos con ayuda de las concepciones bracmánicas.

De momento, no queremos citar más que una inscripción del Rhameseum de Tebas, que es, por sí sola, el resumen de toda la doctrina de los pitris, que acabamos de exponer.

Una de las primeras frases que los sacerdotes de Egipto revelaban a los iniciados es esta:

«—Todo está contenido y se conserva en *uno*.

«—Todo se modifica y se trasforma por *tres*.

«—La mónada ha creado la díada.
«—La díada ha engendrado la tríada.
«—Es esta tríada la que brilla en la Naturaleza entera.»

CAPITULO XII

LAS FORMULAS DE LAS EVOCACIONES

Después de haber estudiado la misión del alma humana, de los espíritus superiores e inferiores y del Universo en el Gran Todo, que es Dios, y establecido bien los lazos de correlación, que existen entre todas las almas, y que hace que las almas del grupo superior auxilien con sus consejos y sus comunicaciones bienhechoras, a las almas del grupo inferior, el *Libro de los Espíritus* aborda el misterioso capítulo de las evocaciones.

Estas son de dos clases.

Se dirigen, bien a las almas, o espíritus, de los antepasados, y en este caso, dichos espíritus evocados pueden contestar al llamamiento que se les dirija, cualquiera que sea el grado superior que hayan alcanzado; bien a espíritus que no forman parte del árbol genealógico del *evocador*, y entonces las evo-

caciones no dan resultado, si se dirigen a espíritus que han franqueado ya el grado inmediatamente superior al de la humanidad.

Puede sentarse la regla siguiente:

El hombre puede invocar el espíritu de uno de sus antepasados en toda circunstancia, incluso cuando el evocado haya llegado al grado de los espíritus pradjapatis, directores supremos de las criaturas, próximos a absorberse en la gran Alma.

Si los evoca fuera de su línea genealógica, no puede obtener comunicaciones más que de los espíritus que se encuentran en la categoría de los pitris.

El iniciado debe prepararse a la evocación por el ayuno y la oración, porque, según la expresión del *Agruchada Parikchai:*

«Las terribles fórmulas dan la muerte, cuando no son pronunciadas por una boca pura.»

Para evocar, debe el iniciado:

1.º Aislarse de las cosas exteriores;

2.º Absorberse en el pensamiento único del espíritu que quiere ver aparecer, o del cual desea recibir comunicaciones;

3.º Encerrar en un círculo mágico los espíritus maléficos que quisieran perturbarle;

4.º Ofrecer los sacrificios a los manes de los antepasados y a los espíritus superiores;

5.º Pronunciar las fórmulas de evocación.

Una parte especial del *Libro de los Espíritus* está consagrado a estas fórmulas, concebidas

en un sentido cabalístico. No habiendo podido obtener de los bracmanes la clave de estas combinaciones, no trataremos de aclarar este punto. Por lo demás, no hay que conceder a estas materias más importancia de lo que es razonable acordarle.

La primera hoja del capítulo de las fórmulas contiene el epígrafe siguiente, cuyas combinaciones de palabras y letras son sencillísimas; las damos a título de muestra, para demostrar a qué puerilidad de medios habían recurrido los iniciados de los templos antiguos para velar sus prácticas.

Como este epígrafe no contiene fórmulas de evocación, los bracmanes no ofrecen grandes dificultades para dar su sentido.

Nid+Nand
Irt
Mad+uo—yâc—ad
Irt
mav+id
Irt
sam+ad
Irt
mal+ak
Irt
Mam+ra+dî—yart
Tag—aj
Irt

Leyendo cada sílaba de izquierda a derecha, comenzando por la última de cada palabra, este

epígrafe cabalístico se restablece de la manera siguiente:

Tridnandin
Tridacayudam
Tridivam
Tridamas
Trikalam
Trayîdarmam
Trijagat

El lenguaje de las evocaciones suprime los verbos, las preposiciones, las conjunciones, los adverbios, y conservando los nombres, les hace sufrir las diferentes terminaciones de las declinaciones, indicando, así, la acción gramatical de los verbos y preposiciones sobrentendidas.

Así, en el ejemplo que nos ocupa:

Tridnandin, está en *nominativo*, y significa el *iniciado que tiene derecho a los tres bastones*. Estos tres bastones indican al iniciado del tercer grado, que tiene poder sobre las *tres cosas:* el *pensamiento*, la *palabra* y la *acción*.

Tridacayudam, significa *el arma divina*. Esta palabra está en acusativo y debe ser regida por un verbo del que Tridnandin es el sujeto.

Tridivam, significa el *triple cielo*. Está también en acusativo, y se halla, por consiguiente, en la misma situación que el vocablo anterior.

Tridamas, nombre de *Agni, el de los tres fuegos;* esta palabra está en genitivo del nominativo Tridamam.

Trikalam significa los *tres tiempos*, el pasado, el presente y el futuro. Afecta también la forma del acusativo.

Trayîdarmam, en acusativo, significa los *tres libros de la ley*,

Trijagat, forma neutra del acusativo, significa los *tres mundos:* el cielo, la tierra y la región inferior.

Según los bracmanes, este epígrafe debe ser leído así:

Tridnandin—el iniciado que ha conquistado los *tres grados*, que lleva los *tres bastones* y que tiene poder sobre las tres cosas, el *pensamiento, la palabra y la acción.*

Tridacayudam—si quiere apoderarse del arma divina,

Tridivam—y conquistar el poder de evocación sobre los espíritus de los *tres cielos*,

Tridamas—tener a su servicio a Agni, el de los tres fuegos,

Trikalam—y conocer los tres tiempos, el pasado, el presente y el porvenir,

Trayidarmam—debe poseer la esencia de los tres libros de la Ley,

Trijagat—así logrará conocer los secretos de los tres mundos.

No insistamos sobre estas prácticas de escritura secreta, cuyo mecanismo cambia en cada fórmula de evocación. Por otra parte, nos ha sido imposible, como hemos dicho, obtener de los iniciados de las pagodas la explicación de la

parte del *Libro de los Pitris* que contiene estas fórmulas que el vulgo no debe conocer.

Antiguamente se castigaba con la pena de muerte la divulgación de un simple versículo del *Libro de los Espíritus,* cualquiera que fuese del rango del iniciador y del iniciado, si este último no pertenecía a la casta sacerdotal.

Los kabalistas hebreos no se contentaron con el lenguaje simbólico para velar sus doctrinas, sino que se dedicaron a introducir en su escritura procedimientos secretos, idénticos a los de las pagodas de la India.

CAPITULO XIII

Las fórmulas.—Los conjuros mágicos

La magia vulgar

Las fórmulas de los conjuros mágicos que se dirigen a las diversas categorías de espíritus malignos, se mantienen tan secretas como las de las evocaciones a los espíritus superiores, y forman parte de un libro especial del *Agruchada Parikchai.*

Las mismas prácticas de escritura y lectura que acabamos de citar, se emplean para ocultar a los profanos el sentido de estos conjuros.

La magia parece haber elegido la India como su lugar predilecto. En dicho país nada se atribuye a causas ordinarias, y no hay sortilegio, ni maleficio, de que no se crea capaz a los hechiceros.

Contradicciones, contratiempos, acontecimien-

tos desgraciados, muertes prematuras, la esterilidad de las mujeres, los abortos, epizootias, todos los azotes que hacen presa en la humanidad, son siempre imputados a las prácticas ocultas o diabólicas de algún maligno encantador pagado por un enemigo.

Si un hindú está enemistado con una persona en el momento en que le aflije un revés, sobre ella hace recaer sus sospechas y a ella acusa de haber recurrido a procedimientos mágicos para perjudicarle. Si el sospechoso no soporta la acusación, los espíritus se agrían, la discordia llega a los parientes y amigos, y las consecuencias suelen, a veces, ser muy serias.

Estando los espíritus malignos exorcisados, perseguidos y expulsados por los iniciados adeptos de los pitris, la creencia vulgar admite que se ponen a disposición de los malvados y de los vagabundos, a los que enseñan fórmulas mágicas especiales, con el objeto de hacer con ellos todo el mal posible a los demás hombres.

Varios millares de años de despotismo sacerdotal, de superstición y de ignorancia, hábilmente mantenidas en el pueblo, han llevado su credulidad a todo extremo.

A cada paso, en el sur del Indostán, sobre todo, se encuentran multitud de adivinos y de hechiceros, los cuales, mediante un estipendio, presentan a ricos y a pobres el pretendido secreto de su Destino.

Esas gentes no son muy temidas.

Hay otras cuyo arte diabólico pasa por no conocer límites y poseer todos los secretos de la magia.

Inspirar el amor y el odio, meter el diablo en el cuerpo de cualquiera, o expulsarlo de él; producir la muerte instantánea; provocar una dolencia incurable; esparcir en el ganado enfermedades contagiosas, o librarlos de ellas; descubrir las cosas más secretas, los objetos robados o perdidos... Todo esto no es más que un juego para ellos.

Sólo la vista de un hombre que pasa por estar dotado de tan vasto poder, inspira a los hindúes un terror profundo.

Estos doctores en magia son frecuentemente consultados por las personas que tienen enemigos, de los que desean vengarse empleando maleficios; por otra parte, el que atribuye a una causa de esta naturaleza la enfermedad que padece, va a invocar el auxilio de su arte para que les libre de ella por un contraencanto, haciendo recaer su mal sobre la persona que lo provocó.

El libro anexo del *Agruchada Parikchai* que se ocupa de estas prácticas de magia vulgar, no parece ponerlas en duda, y las atribuye a la influencia de los malos espíritus.

Según él, el poder del mago es enorme, pero no lo emplea más que en hacer mal.

Nada es más fácil que producir en cualquiera, fiebre, hidropesía, epilepsia, un ataque de locura, un temblor nervioso continuo, todos los males; pero esto no es nada; su arte puede llegar incluso a causar la destrucción completa de un ejército que sitia una

ciudad, o la muerte repentina del comandante de una plaza sitiada y de todos sus habitantes.

Si la magia enseña los medios para hacer el mal, también enseña cómo se remedia. No hay mago, por diestro que sea, que no encuentre otro, más hábil todavía, que destruye los efectos de sus encantos y hace que éstos se vuelvan contra él, o contra sus clientes.

Independientemente de su acción directa, los magos tienen una numerosa colección de amuletos y talismanes, eficaces preservativos contra los sortilegios y los maleficios, de los que hacen constante uso para su lucro.

Son cuentas de vidrio encantadas por mentrams, raíces y hierbas aromáticas desecadas, láminas de cobre en las que están grabados caracteres cabalísticos, palabras extrañas, figuras raras.

Los hindúes de las castas bajas llevan siempre alguna consigo, y provistos de tales reliquias, se creen al abrigo de todos los males.

Los secretos para inspirar el amor, hacer renacer las pasiones que amenazan extinguirse, devolver el vigor a los debilitados, etc., son también de la competencia de los adeptos de la magia y no es esta la rama menos lucrativa de sus operaciones.

A ellos especialmente se dirige la esposa que quiere atraer a su esposo al buen camino, o impedir que de él se aparte.

Con ayuda de los filtros que ellos componen, un joven libertino, o una mujer galante, trata de seducir o de cautivar al objeto de su pasión.

El *Agruchada* habla de los íncubos, esos demonios de la India, de los que dice Dubois:

«Son mucho más diablos todavía que aquellos de que habla el jesuíta Del Río en sus *Disquisitiones magicæ*. Por la violencia y la continuidad de sus uniones, fatigan de tal manera a las mujeres, a las que visitan por la noche bajo la forma de un perro, de un tigre, o de cualquier otro animal, que esas desgraciadas mueren de laxitud y de agotamiento.»

Vienen, luego, los medios para encantar las armas.

Los efectos que estas armas, sobre las cuales han sido pronunciados los mentrams mágicos, tienen la virtud de producir, en nada ceden a la famosa espada de Durandal y a la lanza de Argail.

Los dioses hindúes y los gigantes, en las guerras que sostienen entre sí, no se sirven más que de esas armas encantadas.

Nada, por ejemplo, se podría comparar a la *flecha de Brahma*, que jamás fué disparada sin destruír un ejército entero; y a la *flecha de la serpiente Capel*, que arrojada en medio de los enemigos, tiene la virtud de hacer caer a todos en letargia, lo cual, como puede imaginarse, contribuye en gran manera a que se pueda dar buena cuenta de ellos.

No hay secretos que la magia no posea: para adquirir riquezas y honores; para hacer fecundas a las mujeres estériles; para descubrir, frotándose las manos y los ojos con

ciertas mixturas, los tesoros ocultos bajo tierra, o en cualquier otro sitio; para hacerse invulnerable, y aun invencible, en los combates...

La única cosa que no se encuentra expuesta tan claramente como las demás, es el medio de no morir; y sin embargo, cuántos alquimistas han envejecido en las criptas de las pagodas y cuántos filtros extraños han compuesto, pretendiendo descubrir el secreto de la inmortalidad.

Para llegar a ser un buen mago, basta con aprender de un profesor, a quien los hechiceros llaman su gurú, ni más ni menos que los secuaces de la doctrina filosófica de los pitris, las fórmulas de evocación que ponen bajo nuestro poder a los espíritus malignos y su potencia.

Hay alguno de estos espíritus a quien el mago evoca preferentemente, sin duda a causa de su buena voluntad en encargarse de todas las misiones que se le encomiendan.

En primera fila figuran los espíritus de ciertos planetas; el nombre de Grahas, con el que se les designa, significa la *acción de apoderarse*; es decir, de asir a aquellos a los que se obliga por medio de un conjuro mágico a ir a atormentar a quien se le ordene.

Vienen, luego, los butams, o demonios del infierno, que representan cada uno un principio de destrucción; los pisatchas, rakchasas, nagas, y otros espíritus maléficos; los chaktys, espíritus hembras que violentan a los hombres que encuentran por la noche; Kaly, diosa de la sangre; Marana-Devy, diosa de la muerte;

y todos los espíritus malos de los cuales hemos dado ya una lista.

Para poner en acción a dichos espíritus, el mago recurre a diversas operaciones misteriosas, a mentrams, a sacrificios, y a diferentes fórmulas. Debe estar desnudo, si se dirige a las diosas, y modestamente vestido, si a los espíritus varones.

Las flores que ofrece a los espíritus que evoca, deben ser rojas; el arroz hervido, tinto en la sangre de una virgen joven, o de un niño, cuando se trata de causar la muerte.

Los mentrams, o plegarias, tienen en materia de magia tal eficacia, ejercen tal ascendiente en los espíritus, incluso en los superiores, que no pueden dispensarse de hacer en el cielo, en el aire y en la tierra, todo lo que el mago les ordena.

Los mentrams cuyo efecto es decisivo e irresistible, son los mentrams llamados fundamentales, que consisten en diversos monosílabos estrambóticos, de un sonido extraño, difíciles de pronunciar, de la clase de aquellos que hemos dado a propósito de las fórmulas de los iniciados.

Alguna vez, el mago recita sus mentrams con un tono respetuoso, terminando todas sus evocaciones con la palabra Namaha—saludo respetuoso—y colmando de elogios al espíritu que evoca. Otras veces, habla con un tono imperioso, y exclama, con acento de cólera:

—Si estás dispuesto a hacer lo que te pido, basta; si no, te lo ordeno en nombre de tal o cual dios.

Con lo cual el espíritu no tiene más remedio que obedecer.

Es imposible enumerar las drogas, los ingredientes y los utensilios que componen los pertrechos de un mago.

Existen maleficios para los cuales es preciso emplear huesos de sesenta y cuatro especies de animales diferentes, ni más ni menos y entre estos huesos están comprendidos los de un hombre nacido el primer día de un novilunio, o de una mujer, o de una virgen, o de un niño, o de un paria, etc.

Si todos estos huesos mezclados, encantados por mentrams y consagrados por sacrificios, son enterrados en la casa, o a la puerta de su enemigo, una noche propicia para ello, según la inspección de las estrellas, la muerte se producirá infaliblemente.

Si el mago, en el silencio de la noche, entierra dichos huesos en los cuatro puntos cardinales de un campo enemigo, y retirándose, en seguida, a distancia, pronuncia siete veces el *mentram de la derrota*, todas las tropas que el campo encierra perecerán por completo, o se dispersarán por sí mismas, antes de que pasen *siete días*.

Treinta y dos armas encantadas a las cuales se ha ofrecido en sacrificio una vida humana, siembran en un ejército tal terror, que cien sitiados le parecen mil.

Amasando tierra sacada de sesenta y cuatro lugares de los más sucios—nos excusamos de seguir al autor hindú en la enumeración de dichos lugares—con cabellos y recortaduras de

uñas de su enemigo, se hacen figuritas en cuyo pecho se escribe el nombre de aquel de quien se quiere vengar, y se pronuncian palabras y mentrams mágicos, y se les consagra por sacrificios, y aun no se ha acabado todo esto, cuando los grahas, o malos genios de los planetas, se apoderan de la persona que odian y le hacen sufrir mil males.

Alguna vez se agujerean estas figuras con una lezna, o se las estropea de varias maneras, con intención de matar, o de estropear, en realidad, a aquel que es objeto de la venganza.

Sesenta y cuatro raíces de diversas clases de plantas de las especies más perjudiciales son conocidas de los magos, y por medio de sus preparaciones, se convierten en armas poderosas que hieren, sin darse cuenta, a las personas que se odia.

Sin embargo, no se crea que el oficio de mago carezca de peligro; los dioses y los genios maléficos son vindicativos, y obedecen no sin cierto malhumor a las intimaciones que un miserable mortal les hace, y a menudo sucede que castigan muy cruelmente las brutales maneras con que se les obliga a obedecer. Desgraciado de él, si comete el más pequeño error, la más ligera omisión en las innumerables ceremonias que está obligado a hacer, pues en el acto verá caer sobre él todo el mal que pretendía hacer a los demás.

Parece que debe temer sin cesar a los colegas más hábiles que él, que pueden, con sus contraencantos, hacer caer sobre su cabeza,

o sobre la de sus clientes, todo el peso de sus propias maldiciones.

Todas estas creencias supersticiosas existen todavía en la India, y la mayoría de las pagodas del culto vulgar, fuera de los iniciados superiores, a los cuales están obligados a alojar y a alimentar, poseen sus magos, de los que elogian los servicios a las castas ínfimas, ni más ni menos que los de los fakires.

Tan pronto se trata de liberar a una mujer de la posesión de un íncubo, como es preciso devolver a un hombre la potencia viril, que un mago enemigo le ha hecho perder.

Otras veces se trata de rebaños diezmados por maleficios, que es preciso destruir.

De tiempo en tiempo, para conservar en el público estas *sanas* creencias, se ve a estos farsantes desafiarse y entrar en liza en presencia de testigos, o árbitros, llamados a decidir cuál de los dos campeones es más hábil en su arte.

La lucha consiste en apoderarse de una varita, o de una moneda, encantada. Colocados los dos adversarios a igual distancia del objeto, intentan acercarse uno al otro, pero los mentrams que pronuncian, los polvos encantados que se arrojan recíprocamente y las evocaciones que hacen, tienen la virtud de detenerles al uno o al otro; una fuerza invencible parece rechazarles; de nuevo intentan avanzar, pero vuelven a retroceder, redoblan los esfuerzos, movimientos convulsivos les agitan, sudan copiosamente, escupen sangre... Por

último, uno de los dos logra apoderarse del objeto encantado, y es declarado vencedor.

Algunas veces, también, sucede que uno de los contendientes es derribado por la fuerza de los mentrams de su adversario. Entonces, se arroja por tierra como un poseso, y permanece algún tiempo inmóvil, pareciendo que haya perdido el conocimiento.

Por fin, recobra el uso de sus sentidos; se levanta, en un aparente estado de fatiga y de agotamiento, y se retira, al parecer, cubierto de confusión y vergüenza, regresando a su pagoda y no reapareciendo hasta al cabo de algún tiempo; una grave enfermedad es la consecuencia de los esfuerzos increíbles, aunque impotentes, que ha hecho.

Es cierto que estas piadosas farsas, *en las que no toman parte los verdaderos iniciados del culto de los pitris,* están concertadas de antemano entre los sacerdotes del culto vulgar de dos pagodas rivales y los charlatanes que las desempeñan, concediéndose la victoria a uno u otro, alternativamente; pero la muchedumbre que asiste a estos espectáculos, y los paga largamente, llena de temor y de admiración por los hechiceros, está firmemente persuadida de que sus esfuerzos son debidos a causas sobrenaturales.

Debemos hacer constar que, realmente, dichos hombres ejecutan su papel con una verdad de expresión extraordinaria y que, en *magnetismo puro,* han llegado a producir fenómenos *reales,* de los que ni en Europa se duda. Sin embargo, son menos hábiles que los fakires.

Cuando estudiemos las manifestaciones exteriores por las cuales los adeptos de los pitris hacen conocer su poder (1) ya no nos ocuparemos de los hechos de los magos, que, para nosotros, no son, evidentemente, más que el resultado de un grosero charlatanismo. Este capítulo que les hemos consagrado, es más que suficiente para darse cuenta de sus prácticas.

Existe también en la India otro género de embrujamiento llamado *drichty-dotcha*, o *maleficio lanzado por los ojos*. Todos los seres animados, todos los vegetales, todos los frutos, están sujetos a él. Para alejarlo, se tiene la costumbre de levantar en los jardines y campos cultivados una pértiga, en cuyo extremo se sujeta un gran vaso de tierra, bien blanqueado al exterior con cal. Este aparato tiene por objeto atraer las miradas del transeunte mal intencionado e impedirle que las fije en las producciones de la tierra, que se resentirían, seguramente, de cualquier mal efecto.

Pocos campos de arroz hemos visto en Ceilán y en el Indostán, que no poseyese uno o dos de estos contraencantos.

Son los hindúes, en este punto, de tal credulidad, que se imaginan que todos los actos de su vida, aun los más indiferentes, están influídos por la visita de un vecino, de un transeunte, incluso de un pariente, que les ha hecho víctimas del *drichty-dotcha*. Nada, en apariencia, hace conocer a las personas que poseen este don funesto del mal de ojo; a menudo, no lo sabe ni el mismo que lo posee; por esto, todos los hindúes hacen ejecutar, por él, por su familia, por su casa y sus campos, varias veces al día, la ceremonia del *arraty*, que ha sido inventada para deshacer todos los maleficios procedentes de la fascinación de los ojos.

(1) LUIS JACOLLIOT: *El espiritismo en la India*, de la Editorial B. Bauzá.

El arraty es una de las prácticas públicas y privadas más usuales, pudiéndose elevarlo a la altura de una costumbre nacional, de tal forma es común a todas las provincias. Son las mujeres quienes lo ejecutan, y todas son aptas para ello, excepto las viudas, que jamás son admitidas a ninguna de las ceremonias domésticas: sólo su presencia trae desgracia.

He aquí cómo se hace esta ceremonia:

En un plato de metal se coloca una lámpara provista de aceite perfumado de sándalo, se la enciende, y una de las mujeres de la casa, cuando su padre, su marido, o cualquier otro miembro de la familia, viene de fuera, toma el plato, lo eleva a la altura de la cabeza de aquel que es objeto de la ceremonia, y describe con él *tres o siete* círculos, según la edad o la calidad de la persona.

Con frecuencia, en vez de una lámpara encendida, se sirven de un vaso conteniendo agua perfumada con azafrán y sándalo, enrojecida con vermellón y consagrada por la inmersión de algunas ramitas de la hierba divina del cusa.

El arraty se hace públicamente, y varias veces al día, a las personas de distinción, como los rajás, los gobernadores de provincia,

los generales de ejército, y otras personas de elevado rango; es una ceremonia a la que se invita a los cortesanos, como los reyes invitaban a presenciar el acto de abandonar el lecho. Allá se van las dos costumbres en cuanto a ridículas, y por lo que hemos podido ver en algunas provincias del Deccan, donde los ingleses dejan subsistir algunos fantasmas de rajás, los cortesanos del país son tan bajos y rampantes como los nuestros. Esta casta que paga su parasitismo y los favores de que goza con el sacrificio de toda conciencia y dignidad, es la misma en todas partes... Debemos, sin embargo, decir, en honor de los cortesanos hindúes, que jamás han hecho de sus esposas, o de sus hijas, las queridas de sus soberanos. En general, todo hindú de casta se avergonzaría de deber su fortuna al deshonor de su mujer.

Cada vez que una persona de principal condición se ve obligada a presentarse en público, o a hablar a extranjeros, al regresar a su palacio no deja jamás de llamar a sus mujeres, o a las *devadassi*—bayaderas,—del templo vecino, para que ejecuten dicha ceremonia, a fin de prevenir las consecuencias peligrosas de las funestas miradas a que se han expuesto. A menudo, mantienen a sus expensas muchachas destinadas a tal empleo.

Cuando entráis en una casa hindú, si sois considerado como una persona de distinción, el jefe de la familia os hace hacer el arraty por las jóvenes. Esta ceremonia también se hace por las estatuas de los dioses.

Cuando las danzarinas del templo han terminado las prácticas del culto, no olvidan hacer dos o tres veces el arraty a los dioses a cuyo servicio están consagradas.

Mayor solemnidad adquiere la ceremonia cuando dichas estatuas son llevadas en procesión, por las calles, con objeto de desviar la maligna influencia de las miradas, a las cuales los dioses no pueden sustraerse, ni más ni menos que los simples mortales. Por último, el arraty se hace a los elefantes, a los caballos, a los animales domésticos, y especialmente, a los toros sagrados.

Al lado de las creencias elevadas de los secuaces de los pitris, la magia vulgar aparece en la India como una infiltración degenerada, obra del bajo sacerdocio, destinada a mantener en el pueblo un perpetuo estado de temor. En todas las épocas y en todas las latitudes se halla la *religión del vulgo* junto a las especulaciones filosóficas más elevadas.

Nos hemos extendido un poco sobre estas prácticas de magia y hechicería, aunque nada tengan de común con el culto elevado que los bracmanes iniciados rinden a los manes de los antepasados y a los espíritus superiores, porque nada prueba mejor el origen asiático de la mayoría de las naciones de Europa como estas curiosas costumbres, idénticas a las que encontramos en nuestros países, y que nuestras tradiciones históricas fueron impotentes para explicárnoslas, hasta el día en que descubrimos nuestra filiación hindú.

Toda la Edad Media creyó en los íncubos y súcubos, en el poder de las fórmulas mágicas,

en los hechiceros y en el mal de ojo. Y más cerca de nuestro tiempo, ¿quién no recuerda aquellos fanáticos a quienes la superstición impulsaba a hacer pequeñas imágenes de cera que representaban a Enrique III y al rey de Navarra? Durante cuarenta días, pinchaban las imágenes en diferentes puntos, y el último día, les atravesaban el corazón, persuadidos de que con esto morirían los príncipes que simbolizaban. Tan poco aislado era este género de prácticas, que un pretendido hechicero, llamado Trois-Echelles, que fué ejecutado en la plaza de la Grève, declaró, en su interrogatorio, que existían en Francia más de trescientas mil personas que se dedicaban al mismo oficio, y que no había mujer, noble, burguesa o plebeya, que no recurriera a las artes de los brujos, sobre todo para asuntos de amor.

Para demostrar que los espíritus más privilegiados de aquel tiempo no pudieron sustraerse a las supersticiones de su época, ahí está el suplicio del cura Gauffredy y de Urbano Grandier, ordenado por Richelieu.

En *La Ciudad de Dios* dice San Agustín:

«No creer en el poder de los malos espíritus, es negarse a creer en la Sagrada Escritura.»

La Biblia, ese vulgar extracto de los libros sagrados de la antigüedad, creía en el hechicero, cuya autoridad no podía caer sino con la de ella.

No hace mucho más de un siglo que se quemaba a las personas convictas de magia, y nos quedamos confusos ante ciertas sentencias, emitidas por magistrados que Francia se honra en contar entre sus hijos más ilustres, en las que por simples acusaciones de brujería se mandaba a la hoguera a pobres diablos de charlatanes, culpables, cuando más, de haber estafado a algunos necios con sus maniobras, más ridículas que perjudiciales.

Estas sentencias sólo se comprenden por la creencia de los mismos magistrados en el poder oculto de los hechiceros.

En 1750, el jesuíta Girard estuvo a punto de ser quemado vivo por orden del Parlamento de Provenza, acusado de haber hecho mal de ojo a la bella Cadière.

El mismo año fué quemada una religiosa de Wurtzbourg, culpable de entregarse a prácticas mágicas.

Desde entonces hemos progresado algo, afortunadamente.

Al sacudir el yugo del sacerdote romano, el buen sentido, la razón y la conciencia han recobrado su imperio; y mientras que nuestro antepasado hindú, todavía en poder de bracmanes y de encantadores, se adormece en su inmovilidad y decrepitud, nosotros caminamos a grandes pasos por la vía del progreso científico y la libertad intelectual.

Productos ambos de las mismas causas supersticiosas, el sacerdote y el hechicero se encuentran siempre en la misma esfera del charlatanismo social.

No deja de tener interés, desde el punto de vista etnográfico, comprobar que los romanos

habían conservado de sus antepasados hindúes parecidas creencias.

Sabido es que Ovidio dijo de la maga Medea:

Per tumulos orrat passis discincta capillis
Certaque de tepidis colligit ossa rogis,
Devovet absentes, simulacraque cerea fingit
Et miserum tenues in jecur urget acus.

Horacio habla igualmente de dos magas, Canidie y Sagana, que contaban entre sus pertrechos mágicos con dos figuras, una de lana y la otra de cera.

. . . . *Major*
Lanea, quæ pœnis compesceret inferiorem:
Cerea suppliciter stabab: servilibus, utque
Jam peritura, modis.

El siguiente verso de Virgilio, demuestra que las ideas sobre la influencia de la mirada era cosa corriente entre los romanos:

Nescio quis teneros oculus mihi fascinat agnos.

Tenían su dios *Fascinus*, y amuletos del mismo nombre, destinados a preservar a los niños de esta clase de maleficios; la estatua del dios, colgada en el carro de los vencedores, les protegía contra los ataques del mal de ojo de la envidia...

Esta obra no tiene por objeto el estudio de la magia en la antigüedad, sino el de creencias mucho más elevadas, que, de trasformación en

trasformación, conducen al átomo vital hasta el Gran Todo, y que no ven en el mundo de las almas más que una sucesión de hijos y ascendientes, que jamás pierden el recurdo unos de otros, creencias que, pueden no compartirse, pero que son dignas del respeto de todos por su misterioso y consolador simbolismo.

El presente capítulo sobre la magia de los hindúes sólo es una especie de episodio que no podemos alargar más allá de lo razonable, sin lo cual veríamos las tradiciones vulgares de la India sobre la brujería imponerse igualmente a Grecia, Egipto y la antigua Caldea.

Una palabra más, no obstante, sobre esta última comarca, que Beroso, Esquilo y Herodoto representan como colonizada por multitud de pequeños pueblos y de tribus heterogéneas que hablaban diversas lenguas.

En aquellas épocas antiguas, únicamente la India, con sus ciento veinticinco dialectos y sus numerosas castas, tan diferentes las unas de las otras, en emigración constante por las persecuciones sacerdotales, pudo colonizar las comarcas del Tigris y el Eufrates.

A todos los caracteres etnográficos que hacen de esta opinión una verdad histórica, hay que añadir la completa semejanza de las prácticas y creencias mágicas de los hindúes y de los caldeos.

He aquí algunas de las inscripciones asirias sobre los conjuros mágicos, que muestran hasta qué punto fué la Caldea tributaria de la India.

La traducción es debida al señor Lenormant:

«La forma de los conjuros caldeos contra los espíritus maléficos, dice el eminente asiriólogo, es muy monótona; todos están vaciados en el mismo molde; se comienza por enumerar los demonios que el conjuro debe vencer, calificar su poder y describir los efectos. Viene, luego, el voto de verles rechazado, o de ser preservado de ellos, lo cual se presenta a menudo en forma afirmativa.

Por último, la fórmula termina con la misteriosa invocación, que le dará eficacia: «¡Espíritu del cielo, acuérdate! ¡Espíritu de la tierra, acuérdate!» Esta invocación es necesaria y nunca falta, pero a veces se añaden otras semejantes, dirigidas a otros espíritus divinos.

Como ejemplo, citaré uno de estos conjuros destinado a combatir a diferentes demonios, enfermedades y acciones funestas, como el mal de ojo.

—La peste y la fiebre que diezman el país. La enfermedad que devasta el país, mala para el cuerpo, funesta para las entrañas.

—El demonio maléfico, el Alal maléfico, el Gigim maléfico.

—El hombre maléfico, el *ojo maléfico*, la boca maléfica. Que salgan del cuerpo y de las entrañas del hombre, hijo de su dios.

—Jamás entrarán en posesión de mi cuerpo.

—Nunca harán daño delante de mí y nunca seguirán mis pasos.

—No entrarán en mi casa.

—Jamás franquearán mi organismo.

—Jamás entrarán en la casa en que habito.

—¡Espíritu del cielo, acuérdate! ¡Espíritu de la tierra, acuérdate!

—¡Espíritu de Mulge, señor de las regiones, acuérdate!

—¡Espíritu de Nin-gelal, señora de las regiones, acuérdate!

—¡Espíritu de Nin-dar, poderoso guerrero de Mulge, acuérdate!

—¡Espíritu de Pakú, sublime inteligencia de Mulge, acuérdate!

—¡Espíritu de En-Zuma, hijo mayor de Mulge, acuérdate!

—¡Espíritu de Tiskú, señora de los ejércitos, acuérdate!

—¡Espíritu de Im, rey cuya impetuosidad es bienhechora, acuérdate!

—¡Espíritu de Oud, rey de justicia, acuérdate!

He aquí otra, en que la enumeración final está menos desarrollada:

—La tarde de mal augurio; la región del cielo que produce la desgracia.

—El día funesto; la región del cielo maléfica para la observación.

—El día funesto; la región del cielo maléfica, que se adelanta.

—Mensajeros de la peste.

—Asoladores de Nin-ki-gal.

—El rayo que hace estragos en el país

—Los siete dioses del vasto cielo.
—Los siete dioses de la vasta tierra.
—Los siete dioses de las esferas ígneas.
—Los siete dioses de las legiones celestes.
—Los siete dioses maléficos.
—Los siete fantasmas maléficos.
—Los siete fantasmas de llamas maléficas.
—Los siete dioses del cielo.
—Los siete dioses de la tierra.
—El demonio maléfico.
—El alal maléfico.
—El gigim maléfico.
—El tilol maléfico.
—El dios maléfico y el maskim maléfico.
—¡Espíritu del cielo, acuérdate!
—¡Espíritu de la tierra, acuérdate!
—¡Espíritu de Mulge, rey de las regiones, acuérdate!
—¡Espíritu de Nin-gelal, reina de las regiones, acuérdate!
—¡Espíritu de Nin-dar, hijo del Cenit, acuérdate!
—¡Espíritu de Tiskhú, señora de las regiones, que brillas en el cielo, acuérdate!

Como tipo de las fórmulas más sencillas, citaré un conjuro contra los siete demonios subterráneos llamados maskims, que figuraban en el número de los espíritus más temidos.

—¡Los siete! ¡Los siete!
—¡En lo más profundo del abismo, los siete!
—¡Abominación del cielo, los siete!

—¡Ocultándose en lo más profundo del cielo y de la tierra, los siete!
—Ni varones ni familias.
—Que no tienen esposas ni producen hijos.
—Que no conocen ni el orden ni el bien.
—Que no escuchan la oración.
—Gusano que se oculta en la montaña.
—¡Enemigos del dios Ea!
—¡Asoladores de los dioses!
—Autores de perturbaciones.
—Todopoderosos por violencia.
—¡Los agentes de la enemistad!
—¡Espíritu del cielo, acuérdate!
—¡Espíritu de la tierra, acuérdate!»

No vayamos más lejos por este camino; esta cita de las inscripciones de los antiguos caldeos, basta para demostrar plenamente que dicho pueblo no se elevó por encima de las prácticas de la magia vulgar, que procedían de sus ascendientes, los emigrados hindúes de las castas bajas, *clases mezcladas*, como las llamaba Beroso.

Las puras doctrinas de la iniciación, el culto de los pitris y de los espíritus superiores, no hallaron eco en las orillas del Eufrates. Los nómadas y los ladrilleros del país de Sennar, vivieron en el terror de los hechiceros y de los magos, sin sospechar siquiera la existencia de las sublimes concepciones del brahmanismo.

Las inscripciones que se confía al granito, al mármol, a la piedra, a la tierra cocida, son,

siempre, lo que hay de más elevado en la creencia de un pueblo.

¡Yo soy todo y en todo!,

dice la inscripción trinitaria de Elefanta, en la India.

¡Yo he creado el mundo!

decía la inscripción de la estatua de Isis, emblema de la madre Naturaleza, en Egipto.

¡Conócete a ti mismo!,

se leía en el frontispicio del templo de Delfos.

Y la columna elevada en el Agora, de Atenas, decía:

¡Al Dios desconocido!

Confundiendo en sus inscripciones sus dioses, los espíritus maléficos, los gigims, los maskims, los demonios; temblando continuamente de espanto ante los monstruos *sin sexo, sin esposas, sin hijos;* ante esos telals, azote de los cielos, enemigos de Ea, el rey de los dioses, que también parece temblar ante ellos, los caldeos no grabaron en sus tierras cocidas más que expresiones de las más groseras supersticiones, porque nada mejor tenían que poner en ellas... Y si algo debe asombrarnos, es ver a ciertos asiriólogos hacer hincapié en todas estas ridículas concepciones, para presentarnos

a los primitivos caldeos como los iniciadores de los pueblos de la antigüedad.

El *Agruchada Parikchai,* al dar cuenta, en un cuarto libro, del que acabamos de hablar, de estás prácticas mágicas que ponen en acción a los espíritus maléficos y nunca a los pitris, espíritus superiores, ni a Swayambhuva, el Sér supremo, cuarto libro por completo separado de los otros tres, consagrados a las puras doctrinas de los pitris; el *Agruchada,* decimos, no disimula que la magia y la hechicería sólo tenían autoridad entre los impuros sudras, es decir, entre la plebe. Por el contrario, la concepción caldea no se mueve más que en el círculo de estas supersticiones...

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

Las ciencias ocultas en la India

SEGUNDA PARTE

Los iniciados de la India

---

rosos ejercicios a propósito para la práctica de la Hatha Yoga y de la Raja Yoga, de inestimable valía para la actualización de las potencias físicas y mentales.

Mucho de lo que este libro contiene no se había comunicado hasta ahora al mundo occidental y está expuesto de modo que lo comprendan los lectores occidentales y los muevan a desenvolver por sí mismos sus facultades en vez de sujetarse ciegamente a teóricas especulaciones.

La Doctrina Secreta de los Rosacruces

por "MAGUS INCOGNITO"

La Sociedad de los Rosacruces estuvo en predicamento en 1610 y desde entonces han aludido a ella constantemente todos los tratadistas de Sabiduría Antigua y Ocultismo en general. Sus símbolos secretos han sido frecuentemente objeto de amplia investigación por parte de los eruditos ocultistas del mundo entero, aunque sólo se han publicado veladas insinuaciones de ellos.

La Doctrina Secreta de los Rosacruces ha influído señaladamente en las obras de muchos ocultistas, pero los pormenores de la Doctrina no se habían publicado como los publica esta obra única en su género, que deben leer los estudiantes esotéricos y especialmente los de filosofía hermética.

Cómo se llega a ser Yogi

por YOGI KHARISHNANDA

En un libro de interesantísima lectura que contiene las necesarias instrucciones que debe seguir en su disciplina física, emocional y mental quien desee ser completamente dueño de todas sus facultades en que consiste la meta final de la filosofía yoguística. El autor expone con inimitable claridad los principios fundamentales de la Yoga, y seguidamente enumera los ejercicios más adecuados al desenvolmiento de las facultades y potencias humanas, de suerte que ninguna prevalezca contra las demás, sino que todas concurran armónicamente a la plena manifestación del espíritu.

ANTONIO ROCH. — Editor; Oficinas y Talleres: Aragón, 118 Barcelona (España)



SELECCION DE OBRAS DE Sabiduría Oriental

Terminada la publicación de las obras completas del tan discutido como prestigioso autor YOGI RAMACHARAKA, y satisfecha esta casa de la gran acogida dispensada por el público a tan importantes obras, deseosa de dar nuevas oportunidades de adelanto a los estudiantes de estas sanas filosofías, ha adquirido la propiedad de una serie de selectas obras de SABIDURIA ORIENTAL originales de reputados autores, que se propone publicar sucesivamente en tomos de fiel y elegante traducción, pulcramente impresos y lujosamente encuadernados en tela con estampaciones en negro y oro, a 6 pesetas cada volumen.

El Espíritu de los Upanishads

por "MISCELLANEOUS"

Es una compilación de textos, aforismos, sentencias y proverbios de los *Upanishads* o Escrituras Sagradas de la India, entresacados de más de cincuenta autoridades de modo que expresan la esencia del pensamiento filosófico de la India.

La maravillosa doctrina de los *Upanishads* está tan universalmente reconocida, que fuera superfluo decir ni una palabra en su encomio. Schopenhauer dijo que no había en el mundo estudio tan beneficioso e inspirador como el de los *Upanishads*. Seguramente leerán este libro cuantos conozcan el *Bhagavad Gita*.

El Kibalión (Estudio de la antigua filosofía Hermética)

por TRES INICIADOS

Esta obra llamará la atención de todos los estudiantes de las secretas doctrinas de Oriente. Los fundamentales principios de las enseñanzas esotéricas de todos los países derivan de la filosofía hermética que es la fuente originaria de todas las ocultas doctrinas cuyo desenvolvimiento culminó en Egipto

en tiempo de Hermes Trismegisto, el Maestro de Maestros, pero que se mantuvieron inéditas y transmitidas de labio a oído durante decenas de siglos. El objeto de este libro es proporcionar al estudiante la clave de todas las enseñanzas ocultas.

El Evangelio del Señor Buda

por YOGI KHARISHNANDA

Esta hermosa obra es un hábil resumen de las doctrinas originales de Gantama el Buda, el fundador del budismo, la religión que hoy día cuenta por fieles la tercera parte de la población del globo. Aunque Buda no dejó nada escrito, sus discípulos recopilaron las enseñanzas del Maestro en los libros sagrados del budismo o *Pitakas* que la contienen en su primitiva pureza, y de ellos están entresacados los puntos esenciales a los que se han añadido los más notables episodios de la vida y predicación del secular precursor del cristianismo.

El Evangelio de Ramakrishna

por YOGI KHARISHNANDA

Esta obra es un compendio de las enseñanzas de Ramakrishna, uno de los contemporáneos restauradores del sentimiento religioso de la India y el más entusiasta propugnador de la común consubstancialidad fundamental de todas las religiones confesionales. Aunque nada nuevo puede señalarse en las enseñanzas de Ramakrishna, tal como este libro las expone, denotan una acabada síntesis de las diversas creencias religiosas de la India, cuyo nexo establece Ramakrishna por intuitivo conocimiento sin necesidad de apoyarse en ajenas autoridades.

Telepatía y Clarividencia

por SWAMI PANCHADASI

El autor de esta obra expone, con arreglo a los principios de la metodología científica, los fundamentos metafísicos de la telepatía y la clarividencia, explicando en qué consisten estas facultades psíquicas, enumerando sus diversos grados y modalidades con el campo de actuación y fenómenos correspondientes a cada uno de ellos, con numerosos e interesantes ejemplos de casos prácticos atestiguados por corporaciones y autoridades de reconocida solvencia moral y científica.

Nuestras Fuerzas Ocultas

por SWAMI PANCHADASI

Esta obra es el indispensable complemento de *Telepatía y Clarividencia*, pues trata del desenvolvimiento y actualización de las potencias latentes en el ser humano por medios racionales que nada tienen que ver con las abominables prácticas de hechicería y magia negra que tan funestos resultados producen en quienes alucinados las siguen.

Por el contrario, esta obra es un completo tratado de sana y provechosa matepsíquica, expuesto en términos de clara comprensión para el lector occidental.

Lecciones de Yoga para el Desenvolvimiento Espiritual

por SWAMI MUKERJI

Indudablemente es una de las obras magistrales e instructivas que sobre el sistema de la Yoga se han ofrecido al público. Las capitales verdades de *Lecciones de Yoya para el desenvolvimiento Espiritual*, están expuestas de modo que mantienen la atención del lector y le comunican un positivo conocimiento del asunto.

El Dr. T. R. Sanjivi, notable filósofo indo, dice de este libro que nadie hasta ahora como Mukerji había hecho justicia a tan grandioso sistema, a pesar de los innumerables intentos en tal sentido, pues predispone al lector profano a la comprensión de la Yoga y le convence de la necesidad de sobreponerse al materialismo.

Doctrina y Práctica de la Yoga

por SWAMI MUKERJI

Consta esta obra de cuatro lecciones intensamente instructivas sobre el gran sistema de la Yoga. Es uno de los más prácticos libros publicados sobre este asunto y contiene nume-